

Re
flexio
nes
Feministas



2



2

3

@vanetsoi

Introducción

En este nuevo ebook encontrarás una compilación de artículos que escribí durante el 2023 y lo que va del 2024 para diversos medios. Con ellos quiero mantener la conversación feminista viva y presente en la agenda pública sobre los temas que más nos importan a las mujeres.

Muchos de ellos parten de vivencias personales. Otros surgen de situaciones de coyuntura política, económica o social. Algunos plantean temas ya visitados con anterioridad, pero con nuevos elementos para el análisis y la discusión. Todos tienen en común mi interés porque todas las formas de exclusión y opresión sexista salgan a la luz, con ánimo cuestionador e incómodo.

Ojalá muchas más voces nos sumemos a dejar registro de lo que nuestras mujeres en cualquier lugar del planeta viven por su condición de ser eso, mujeres. Que al leernos y escucharnos expresemos indignación compartida para activarnos en la lucha por nuestros derechos. Que nuestra palabra realmente tenga el poder de la transformación cultural y que siempre que podamos, expresemos con libertad lo que pensamos.

Espero que este material te deje la incomodidad feminista que te lleve a querer hacer más por todas.

Susana Reína

No es feminismo

Observo con preocupación cómo el feminismo se ha tergiversado atribuyéndosele banderas y consignas ajenas, que terminan confundiendo a la población general no familiarizada con estos temas, con el consecuente incremento de rechazo al movimiento.

Se trata de un intento de suplantación de identidades que desdibuja su foco de lucha, que no es otro que el análisis y abordaje de las relaciones de poder entre los dos sexos. Ni todo es feminismo, ni todos los temas de las desigualdades sociales son parte de la agenda feminista. Intereses creados desde el patriarcado fiel a su agenda divisionista, suman al saco de las desigualdades que sufrimos las mujeres las banderas del antirracismo, el ecologismo, el anticapitalismo y otras luchas más, bajo la equivocada aplicación del concepto de la interseccionalidad.

El feminismo no es el movimiento de todas las causas, aun cuando para entender la opresión contra las mujeres, haya múltiples factores que considerar. Pero el objetivo primario, es en esencia, la lucha por y para las mujeres, en base a su sexo y contra el género. Su foco principal debe ser procurar más espacios de participación y libertad para las mujeres a través de la eliminación de las raíces patriarcales que dan fuerza a la exclusión y discriminación.

Ní derecha ní izquierda

Lo primero, es decir que el feminismo no se identifica con ninguna posición del espectro ideológico, aunque sea en sí misma una propuesta política. Ya hemos demostrado que machistas los hay en todas partes y los escasos puestos para las mujeres se ven en todas las tendencias, así que es universal. No es verdad que para ser feminista hay que ser de izquierdas, por más que en las agendas de gobiernos de corte socialistas, haya más apertura a ver estos temas que en los de derecha. Creo que el feminismo debe tener vocación de centro y alinear a todas en torno a una problemática común que nos atraviesa por ser mujeres.

En palabras de la filósofa española Amelia Valcárcel “La agenda feminista no se juega en los extremos, sino en el centro, para poder conseguir consensos. Es internacional, humanista... Cuando el humanismo está de capa caída, el feminismo no puede estar bien... Sin feminismo, no hay democracia”.

Mí cuerpo, mi decisión, pero bien aplicado

No es feminismo tampoco el oponerse al aborto por razones religiosas o culturales, porque es a las mujeres a las que les toca la decisión de lo que hacen con su cuerpo y su salud física o mental (sin que medie transacción mercantil). Instituciones como la Iglesia o el Estado, nada deberían tener que decir en torno a un acto que debería estar garantizado y protegido, para que no mueran las pobres abortando. Las ricas pagan y tienen su aborto seguro. Es un tema de salud pública e igualdad social de clase y debe estar descriminalizado y legalizado, independientemente de la posición filosófica de cada quien. Prohibirlo es perpetuar el control sobre las mujeres.

Por otro lado, cualquier postura que defienda la práctica de vientres de alquiler o de óvulos como prueba de altruismo y sororidad, o la prostitución como trabajo, o la pornografía como práctica de empoderamiento, no es feminismo. Básicamente porque en su raíz, son formas de explotación sexual que someten a las mujeres, sobre todo a las más pobres, al convertir esos ingresos en fuente de sobrevivencia. Pero es sometimiento del cuerpo de las mujeres al placer masculino manipulado muy hábilmente por el patriarcado. Ahí no hay decisión libre.

Tampoco es por aquí.

No es feminismo pensar en matriarcados posibles, o en eliminar a los hombres, o creer que si es una mujer la que está al frente de una tarea, el resultado siempre va a ser mejor. El trabajo feminista busca la igualdad de condiciones, equidad en las formas en que nos miden y recompensan, mismo acceso a oportunidades en la vida. Es la búsqueda de la simetría en las relaciones de poder. No es venganza, es equidad.

Tampoco es feminismo negar la realidad biológica porque, aunque el sexo no nos define, existe, y sobre esas diferencias se han diseñado los instrumentos legales que nos protegen hoy. El sexo no se asigna, o se elige. Se evidencia, se comprueba al nacer. Es inmutable, está en cada célula.

No es feminismo defender el género como variable de identidad. El género no puede reconocerse como identidad porque es la manifestación evidente de la opresión y la herramienta para reproducir los valores patriarcales que marcan la vida de las mujeres por el hecho de nacer mujeres. Confundir sexo con género no es feminismo. Las feministas queremos abolir el concepto de género, no multiplicarlo. Es necesario estar alertas a las implicaciones que tendría entender el género como un asunto identitario y no como lo que es, una categoría de análisis para mostrar la desigualdad.

Cuando lo decimos, la andanada de insultos buscando callarnos y replegarnos es grande, lo cual no es congruente con el discurso de defensa a los derechos humanos de quienes atacan, en nombre de la inclusión. Por ello no es lógico ser agredidas por defender nuestra existencia como mujeres sin que se nos defina en función de un otro. Esto es central a las reivindicaciones por las cuales luchamos.

No confundir más

No es feminismo el abuso del lenguaje inclusivo, el uso de la @, o la e, como alternativas para nombrarnos. Una forma de borrarlos a las mujeres del discurso sociopolítico es el uso de sinónimos que no nos nombran. Decir “persona que menstrúa” “que tiene vagina” “mujer cis”, son formas modernas de misoginia. Podemos hacer uso del idioma con sus variantes para sentirnos integradas sin recurrir a formas no reconocidas que generan rechazo.

Tampoco creo que hay “feminismos”. Me gusta ver una sola fuerza con diferentes maneras de luchar y aristas que abordar. Lo otro, el uso de plurales como sinónimo de diversidad, es atomización, división y dilución, estrategias que le han servido hasta hoy al patriarcado.

Tampoco es feminismo negar la realidad biológica porque, aunque el sexo no nos define, existe, y sobre esas diferencias se han diseñado los instrumentos legales que nos protegen hoy. El sexo no se asigna, o se elige. Se evidencia, se comprueba al nacer. Es inmutable, está en cada célula.

No es feminismo defender el género como variable de identidad. El género no puede reconocerse como identidad porque es la manifestación evidente de la opresión y la herramienta para reproducir los valores patriarcales que marcan la vida de las mujeres por el hecho de nacer mujeres. Confundir sexo con género no es feminismo. Las feministas queremos abolir el concepto de género, no multiplicarlo. Es necesario estar alertas a las implicaciones que tendría entender el género como un asunto identitario y no como lo que es, una categoría de análisis para mostrar la desigualdad.

Cuando lo decimos, la andanada de insultos buscando callarnos y replegarnos es grande, lo cual no es congruente con el discurso de defensa a los derechos humanos de quienes atacan, en nombre de la inclusión. Por ello no es lógico ser agredidas por defender nuestra existencia como mujeres sin que se nos defina en función de un otro. Esto es central a las reivindicaciones por las cuales luchamos.

No confundir más

No es feminismo el abuso del lenguaje inclusivo, el uso de la @, o la e, como alternativas para nombrarnos. Una forma de borrar a las mujeres del discurso sociopolítico es el uso de sinónimos que no nos nombran. Decir “persona que menstrúa” “que tiene vagina” “mujer cis”, son formas modernas de misoginia. Podemos hacer uso del idioma con sus variantes para sentirnos integradas sin recurrir a formas no reconocidas que generan rechazo.

Tampoco creo que hay “feminismos”. Me gusta ver una sola fuerza con diferentes maneras de luchar y aristas que abordar. Lo otro, el uso de plurales como sinónimo de diversidad, es atomización, división y dilución, estrategias que le han servido hasta hoy al patriarcado.

No queremos ser incluidas, no pedimos un pedazo, queremos la mitad, porque somos la mitad de la población, no una minoría ni un colectivo. Las feministas no vamos por la agenda de la inclusión, sino la de la igualdad.

Con ánimo transformador

Lo que lo hace más difícil de combatir es que todo esto se disfraza de modernismo y a las que reclamamos el desvío de propósitos que tales acciones representan para el real avance de las mujeres, nos llaman “clásicas” “anticuadas” “académicas” “feministas viejas”. Pues eso menos aún es feminismo, porque es caer en edadismo contra las mujeres, desconociendo que detrás de todo movimiento de calle hay un respaldo teórico que le da cuerpo. Apreciar la academia y las teorías feministas que nos han dado luz y abierto caminos, fortalecen el movimiento.

En los espacios de ceguera anida la confusión y la manipulación malsana de una cultura que se niega a ser trastocada. Decir las cosas por su nombre y evitar usurpaciones es la tarea que nos toca frente a una sociedad desinformada y a veces, confundida.

Un mundo cada vez más sexista

Otro 8M, Día Internacional de la Mujer. De nuevo se abren espacios para revisar la situación de las mujeres (en plural) y reflexionar sobre la efectividad de las medidas tomadas por diversos organismos -públicos, privados, Ongs- en la tarea de cerrar las brechas históricas entre mujeres y hombres.

Organismos como CEPAL, ONU, ONU MUJERES, OXFAM INTERNACIONAL, OIT, OMS, BID, Banco Mundial, FMI, UNESCO, entre otros, han documentado suficientemente las consecuencias de la opresión sexista que vive la inmensa mayoría de mujeres. Si vamos a las cifras, estas son demoledoras. Los avances van muy lentos y a la fecha, no tenemos garantizadas autonomía física, ni económica, ni política en ningún país del mundo. Hago un resumen panorámico acá extraído de variados informes oficiales entre 2019-2022.

Escasa autonomía física

En todo el mundo, una de cada tres mujeres sufre o sufrirá violencias machistas en algún momento de su vida. *El tipo de violencia contra las mujeres más común a escala mundial es la violencia física infligida por la pareja. Como mínimo, 6 de cada 10 mujeres son golpeadas, forzadas a tener relaciones sexuales o sufren de un tipo de abuso cualquiera a mano de su pareja a lo largo de su vida. Se estima que 1 de cada 5 mujeres en el mundo será víctima de una violación o de un intento de violación. Entre el 40% y el 50% de las mujeres en la Unión Europea ha manifestado haber sufrido algún tipo de acoso sexual en su lugar de trabajo.

De las 81 mil mujeres y niñas asesinadas en 2021 en todo el mundo, más de la mitad (56%) murieron a manos de sus parejas u otros familiares. El 80% de los asesinatos de parejas íntimas son cometidos por hombres. En los casos más extremos, la violencia contra la mujer es letal: a nivel mundial, se estima que 137 mujeres son asesinadas diariamente por su pareja o un miembro de la familia.

Las leyes para abordar la violencia doméstica aún no están disponibles universalmente, y solo 153 países las aplican. El 38% de las mujeres que mueren en el mundo es a causa de la violencia de género.

Solo un 50% de mujeres puede decidir utilizar métodos anticonceptivos o negarse a tener relaciones íntimas. Un 20% de las mujeres entre 20 y 24 años se casaron antes o a los 18 años. Y 1 de cada 9 se casa antes de cumplir los 15.

En 20 años se ha logrado reducir apenas un 27% el embarazo adolescente. Una mujer muere cada minuto en algún lugar del planeta a consecuencia de las complicaciones de su embarazo o de su parto. Las adolescentes menores de 15 años tienen 5 veces más probabilidades de morir en un parto que las mujeres que están en la veintena. Si bien la mutilación genital femenina se está volviendo menos común en algunos países, al menos 200 millones de niñas y mujeres vivas en la actualidad han sido sometidas a esta forma específica de violencia en África y el Medio Oriente

Existen 4 millones y medio de víctimas de explotación sexual forzada en el mundo de las cuales el 90% son mujeres y niñas. Unas 800.000 personas son víctimas del tráfico de seres humanos cada año. Alrededor del 80% de las víctimas del tráfico transnacional son mujeres y niñas y hasta el 50% de ellas son menores de edad. Se estima que el 72% de los 33 millones de refugiados del mundo son mujeres y niñas.

Escasa autonomía económica

Solo el 47% de las mujeres del mundo están empleadas (cifra que apenas ha cambiado durante los últimos 25 años), en comparación con el 74% de los hombres. Por cada hombre económicamente inactivo hay dos mujeres en la misma situación. El trabajo doméstico y de cuidados no remunerados todavía recae de manera desproporcionada en las mujeres, lo que limita su potencial económico. Las mujeres en todo el mundo cada día dedican aproximadamente una media de tres veces más horas al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado que los hombres (4,2 horas en comparación con 1,7).

ONU Mujeres declaró que el Día Internacional de la Mujer 2023 sería destinado a la lucha «*Por un mundo digital inclusivo: Innovación y tecnología para la igualdad de género*», ya que las mujeres siguen estando infrarrepresentadas en los campos de la ciencia, la tecnología, la ingeniería y las matemáticas y representan solo un poco más del 35% de los graduados en estas áreas.

Las mujeres también son una minoría en las áreas de investigación y el desarrollo científico, y representan menos de un tercio de los investigadores del mundo. Solo un 48% de las mujeres tiene acceso o utiliza internet, comparado con el 58% de los hombres. En América Latina y el Caribe, las mujeres representan el 60% de los graduados universitarios, pero solo representan el 30% de los graduados en carreras STEM (ciencias, tecnología, ingeniería y matemáticas).

Se estima que dos tercios de los 776 millones de adultos analfabetos en el mundo son mujeres. En los países en desarrollo, alrededor de una de cada cinco niñas que empieza su educación primaria no llega a terminarla. Mientras el 30% de las mujeres se vinculan a sectores de cuidado como educación, salud, servicio doméstico, solo el 6% de hombres lo hacen.

Más de 1.200 millones de personas siguen sobreviviendo con menos de un dólar americano al día; de estos, las mujeres representan el 70% de la población mundial en situación de pobreza. En los países en desarrollo, el porcentaje de tierras que son propiedad de las mujeres no alcanzan el 2%. Solo el 65% de las mujeres tienen acceso a servicios financieros, comparadas con el 72% de los hombres.

Globalmente, sólo el 21% de los puestos directivos son ocupados por mujeres. Tan solo un 4,6% de mujeres son CEO y un 19,2% consejeras. En promedio, en todas las regiones y sectores, el salario de las mujeres es un 24% inferior al de los hombres. La brecha salarial podría tardar más de 75 años en desaparecer. La brecha de género laboral en la región de América Latina y el Caribe es una de las más altas del mundo. Las mujeres dirigen sólo el 2% de las 500 mayores empresas del mundo.

En la región latinoamericana, apenas el 20% de los cargos de alta gerencia en administración pública y el 4,2% de los directores ejecutivos de empresas que cotizan en bolsa son mujeres. De 14.412 compañías analizadas, solo el 21,4% tiene alguna mujer en puestos de alto rango y, cuando alcanzan algún puesto directivo, tienden a estar involucradas en roles de apoyo como directoras de recursos humanos o directoras financieras.

2400 millones de mujeres en edad de trabajar no tienen igualdad de oportunidades económicas, y 178 países continúan con barreras legales que les impiden participar plenamente en la economía. 153 países tienen leyes que discriminan económicamente a las mujeres. En 18 de estos países, los maridos pueden impedir legalmente que sus esposas trabajen. En 86 países, las mujeres enfrentan algún tipo de restricción laboral, y 95 países no garantizan la igualdad de remuneración por un trabajo de igual valor. En todo el mundo, 118 economías garantizan 14 semanas de licencia remunerada para las madres; la mitad estipula una licencia remunerada para los padres, pero la duración promedio para ellos es de solo una semana.

El total de países de la Unión Europea sugieren que las mujeres soportan peores condiciones de empleo en materia de cualificación, discrecionalidad y perspectivas. La calidad del empleo en estas dimensiones es entre un 9% y un 6% peor que en el caso de los hombres con similares características (edad, educación, antigüedad en la empresa, ocupación y sector).

Escasa autonomía política

En la vida política, si bien la representación de las mujeres en el parlamento se ha duplicado a nivel mundial, todavía no ha cruzado la barrera del 25% de los escaños parlamentarios. Sólo 13 países están presididos por una jefa de Estado, y 15 países tienen jefas de Gobierno. Apenas 21% de quienes ocuparon ministerios en 2022 fueron mujeres, y solo en 14 países los gabinetes de Gobierno han alcanzado el 50% o más en la representación de las mujeres. En el ámbito municipal encabezan el 34% de los gobiernos locales.

A nivel mundial, las mujeres todavía acceden a solo tres cuartas partes de los derechos reconocidos a los hombres. Solo 12 países, todos integrantes de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), tienen paridad jurídica entre los géneros. En América Latina y el Caribe, las mujeres acceden a menos de tres cuartas partes de los derechos legales que se otorgan a los hombres.

Las mujeres en todo el mundo seguimos en riesgo.

El progreso hacia la igualdad de poder y derechos para las mujeres sigue siendo difícil de alcanzar. Si estas cifras las cruzamos con edad, orientación sexual, raza, discapacidad y otras fuentes de discriminación, las brechas se amplifican, y aun así, esto sigue sin considerarse una emergencia mundial.

De acuerdo con estas lamentables estimaciones, nos quedarán más de 150 años teniendo que “celebrar” a las mujeres cada 8 de marzo.

¿Paciencia?

Feministas Radicales

Tengo amigas que al admitir que ok, que son feministas, se apresuran a aclarar: “pero no de las radicales”. Cuando les pido que definan qué es ser radical, dicen “extremistas, peleonas, antihombres, nazis, quema sostenes, axilas peludas, comunistas” y otras expresiones que dan cuenta de la falta de información acerca de lo que el feminismo radical significa.

Por eso quise escribir este artículo y comenzar una campaña para aclarar de qué va esta tendencia dentro del movimiento, qué busca y qué la originó, pero sobre todo por qué justamente ahora, es más necesario que nunca.

Feminismo radical ¿qué es?

Radical, según su etimología, significa ir a la raíz. Este feminismo se propone buscar la raíz de la dominación. Se llama feminismo radical (RedFem es su abreviatura) porque se opone radicalmente al patriarcado como causa de la organización política y social existente. Su radicalidad se debe a que no propone una reforma del patriarcado sino la eliminación o supresión total del orden social existente.

Se diferencia del feminismo liberal porque este sólo pide la integración de las mujeres en el mundo del trabajo asalariado y de la cultura y de todos los ámbitos de la vida pública tal cual los conocemos, con sus mismas reglas. Para las feministas radicales, por el contrario, mejorar la condición de las mujeres implica mucho más que la incorporación femenina al espacio público.

Gracias a las teóricas del feminismo radical, se acuñó el concepto de patriarcado como dominación sobre el colectivo de mujeres, se propuso una noción de poder y de política ampliadas, se comenzó a usar la categoría género” para rechazar los rasgos adscriptivos ilegítimos adjudicados al sexo y con el cual se naturaliza la opresión, se analizó la sexualidad criticando la heterosexualidad normativa y obligatoria, se hizo de la violencia sexual una manifestación política sacándola del ámbito de lo privado, entre otros grandes aportes.

Para Kate Millet, una de las máximas y originarias exponentes radicales, el patriarcado es el sistema de dominación primario basado en la relación entre los sexos y sobre el cual se asientan los demás sistemas de dominación de clase y raza. Por un lado, la mujer es concebida como un objeto sexual en su capacidad biológica para dar vida, pero además es utilizada como objeto sexual para proporcionar placer a hombres, de donde surgen la mercantilización, cosificación y otras explotaciones asociadas como la pornografía y la prostitución.



Kate Millet

Gracias a las autoras radicales como Germaine Greer hoy sabemos que la maternidad no es un destino y que las mujeres pueden construir su propia identidad ejerciendo la autonomía física, política y económica necesaria para transformar el sistema y no simplemente encajar en él



Germaine Greer

En suma, el feminismo radical es una corriente feminista defensora de la eliminación del patriarcado como forma de supremacismo machista. El feminismo radical se define como movimiento de mujeres que defiende que es necesario un reordenamiento de la estructura de desigualdad patriarcal que sufren las mujeres en forma de opresión, subordinación e invisibilidad..

¿Qué es ser feminista radical?

Es defender la idea de que existen condiciones materiales que impiden una verdadera elección a las mujeres, porque como dice Millet “los hombres poseen todos los resortes del poder: no sólo controlan la ideología del sistema desde la ciencia, el arte, la religión, la filosofía, sino también la industria, las finanzas, el ejército, la policía y el gobierno”. Desde esta lógica las mujeres son secundarias, invisibilizadas, inferiorizadas y discriminadas.

Contrario a lo que se piensa, el feminismo radical no se opone a los hombres, se opone a la ideología de género discriminatoria y excluyente de los hombres patriarcales. El feminismo radical se opone al patriarcado, no a los hombres, muchos hombres son solo marionetas del patriarcado y otros se rebelan contra las exigencias del patriarcado exigiendo la abolición del género, junto a las feministas. Pero no pueden ser parte de la solución mientras formen parte de los beneficios que les otorga el patriarcado.

A modo de síntesis, las feministas radicales tenemos como objetivos de lucha: retomar el control sexual y reproductivo de las mujeres y aumentar su poder económico, social y cultural; destruir las jerarquías y la supremacía de la ciencia; crear organizaciones no jerárquicas, solidarias y horizontales (Gamba, 2008). La mayoría de las feministas radicales se pronuncian también por el feminismo de la diferencia, que propone una revalorización de lo femenino, planteando una oposición radical a la cultura patriarcal y a todas las formas de poder, rechazan la organización, la racionalidad y el discurso masculino (Jaggar, 1983).

¿De dónde surgió?

El feminismo radical se originó en los movimientos contestatarios de los Estados Unidos de América en los años sesenta del siglo XX. A diferencia de sus compañeras feministas, las radicales se apartaron para fundar el Movimiento de Liberación de la Mujer, sosteniendo que la opresión de las mujeres es la opresión primaria, transversal a todas las opresiones que derivan del patriarcado.

Durante los años sesenta y setenta, muchas feministas comenzaron a señalar que las reivindicaciones conseguidas hasta ese momento por el feminismo no habían logrado revertir aún la situación de opresión y marginación de las mujeres (Chinchilla, 1982). Por ello fundaron esta corriente que cuestiona la ilusión de alcanzar igualdad a través de la mimetización de las mujeres en el mismo sistema que las excluye.

Podríamos afirmar que el surgimiento del feminismo radical se debió a la necesidad de profundizar en la condición de ser mujer y de transformar radicalmente la posición de las mujeres en todos ámbitos de la vida pública y privada. En efecto, las feministas radicales lograron poner en la agenda pública problemáticas antes consideradas concernientes a la esfera privada, poniendo así al descubierto que más allá de las concepciones morales de cada persona, en dichas problemáticas se entretajan relaciones de poder.

¿Por qué un feminismo radical abolicionista?

El feminismo radical no es reformista porque el patriarcado no se puede reformar sino solo abolir. La abolición del patriarcado es lo que busca el feminismo radical y con ello, toda forma de discriminación contra las mujeres como la violación, prostitución o pornografía.

La pornografía es una forma de cosificación de la mujer. La prostitución es una forma de esclavitud de la mujer. La violación es otra forma de subordinación y sometimiento patriarcal. La gestación subrogada busca convertir el cuerpo de la mujer en una máquina reproductora en serie. Las leyes están organizadas para subordinar y oprimir a las mujeres porque fueron concebidas desde el propio esquema patriarcal de dominación. Por ello los avances son muy lentos.

Igualmente, se desea abolir la categoría de “género” para rechazar los estereotipos de adscritos de modo arbitrario a las mujeres en base a su sexo, haciendo creer que existen atributos asociados a la femineidad que son naturales, no sociales, o esencialistas.

Se trata de un proyecto que propone la revolución de la estructura social con un cambio completo. ¿Cómo hacerlo? A través de la creación de grupos de concienciación, organizando protestas públicas contra la discriminación sexista, a través de estrategias de co-educación que cuestione los roles y normas sexistas. A través de leyes abolicionistas que no consientan las esclavitudes disfrazándolas de empoderamiento, poniendo el mayor peso en el sistema prostituyente, explotador y violentador de los derechos de las mujeres.

¿Por qué ahora se necesita más feminismo radical?

A pesar de los enormes avances que las mujeres hemos conseguido desde la primera ola del movimiento feminista, la verdad es que los derechos basados en nuestro sexo siguen estando amenazados. Como sostiene Alicia Puleo, las mujeres siguen oprimidas por las instituciones patriarcales que tienen el control sobre ellas, y fundamentalmente, sobre su reproducción. Por ello muchas conquistas están siendo puestas en tela de juicio y cualquier crisis barre con años de luchas, quedando las mujeres nuevamente en posiciones vulnerables. El patriarcado de la coacción ha mutado en patriarcado del consentimiento, con el peligro que este gatopardismo representa para todas nosotras.

El llamado “feminismo liberal” es un espejismo patriarcal que les hace creer a las mujeres que, con solo desearlo, la igualdad es alcanzable. No se pasea por las causas de la opresión ni de la violencia que viene aparejada con los intentos de emancipación. Usualmente esta narrativa viene de la experiencia de las más privilegiadas, no conscientes de la urgencia que tiene la mayoría de las mujeres, para acabar con la subordinación.

No es un activismo fácil porque el feminismo radical recibe críticas de todos los sectores antifeministas y de quienes defienden un feminismo más convencional. Las que logran penetrar espacios de poder se diferencian y declaran “femeninas” o no feministas, llegando a ser las mejores aliadas patriarcales, ya que niegan la opresión sexista, fortaleciendo el mismo sistema que las oprime sin saberlo.

Por ello, con más conciencia feminista radical, podemos analizar las causas de la opresión de las mujeres en la historia, eliminar la perspectiva masculina o androcentrista de los problemas de las mujeres, defender que lo personal es político ya que toda experiencia individual es un ejemplo de un sistema discriminatorio e injusto y acercarnos lo más posible al ideal de alcanzar igual acceso a las posibilidades sociales de hombres y mujeres con base en reglas de juego verdaderamente feministas.

#FEMINISTAS RADICALES



Convencida como estoy de la pertinencia y necesidad de radicalizar (ir a la raíz) esta lucha, durante todo 2023, desde FeminismoINC, publicamos la vida y obra de 12 feministas emblemáticas de esta corriente, cuyo legado y propuestas siguen vigentes en nuestros días y que están agrupadas en este [eBook](#).

Ellas son: *Andrea Dworkin* (EEUU), *Gerda Lerner* (Austria), *Kate Millet* (EEUU), *Marcela Lagarde* (México), *Amelia Valcárcel* (España), *Gioconda Espina* (Venezuela), *Chimamanda Ngozi Adichie* (Nigeria), *Shulamith Firestone* (Canadá), *Celia Amorós* (España), *Sheila Jeffreys* (Reino Unido), *Rita Segato* (Argentina) y *Germaine Greer* (Australia). Las invito a darse un momento para revisar sus creencias, conocer sus investigaciones, así como leer algunas de sus obras, para calibrar en qué medida con su aporte, las activistas logramos mejorar radicalmente y de una buena vez, la situación de nuestras mujeres.

Larga vida a AVEM

Quiero contarles la historia de la fundación de AVEM (Alianza Venezolana Empresarial por el Liderazgo de las Mujeres) por considerarlo un caso inédito en el país y un intento de organización en red lleno de solidaridad y voluntariado por las mujeres empresarias y trabajadoras.



Hace casi seis años, Scarlet Gutiérrez, en ese momento Líder del área Gender Balance de Nestlé Venezuela, se acerca a mi oficina para que le cuente qué estoy haciendo en materia de igualdad, porque ya le habían referido que en Multinacional de Seguros se trabajaba con las mujeres en programas de empoderamiento. Conversamos, compartimos información de lo que cada organización hacía y pensamos enseguida que quizás otras empresas estaban desarrollando iniciativas similares que valía la pena conocer, divulgar y replicar.

Nos pusimos a indagar y pronto tuvimos a unas diez mujeres directivas y gerentas de empresas medianas y grandes, mayoritariamente trasnacionales, que efectivamente trabajaban para reducir brechas de género en varias áreas del desempeño corporativo. Motivamos una reunión y de ese grupo surgió la idea de conformar una red para fortalecer cada una de esas iniciativas, algunas todavía a nivel de ideas y otras que ya eran programas en marcha.

Así surgió en el año 2017, AVEM, con el empuje de un grupo pequeño de ejecutivas empresariales de alto nivel, inquietas por posicionar el tema de la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres en la agenda de prioridades de cada empresa venezolana, empezando por las organizaciones que quisiesen unirse a la Alianza. Queríamos romper el silencio imperante en torno a estos temas y destacar el rol que el sector privado tenía en el logro de la equidad como objetivo para construir organizaciones sostenibles.

Llegaron los apoyos

Con argumentos y data en mano recorrimos varias empresas, organizaciones gremiales empresariales, organismos de cooperación multilateral y embajadas, llevando nuestro mensaje en procura de adhesiones a esta causa. Nuestra primera aliada fue Irene Coello, en ese momento Gerente de Proyectos de la Embajada Británica en Venezuela, quien consiguió darnos visibilidad de alto nivel a través de la organización y celebración del Foro “Mujeres del Futuro Venezuela”. Luego recibimos el respaldo del Programa Naciones Unidas Para el Desarrollo, quienes habían labrado ya un camino con el Sello de Igualdad dirigido a empresas, en muchos países de Latinoamérica.

Hicimos presentación formal de AVEM en Fedecámaras y no solo en Caracas, también en la Cámara de Comercio de Maracaibo, con Amaya Briner liderando el proceso allá. Sellamos el bautizo de la organización con nuestro primer Foro AVEM, en el IESA, en Caracas, ante más de 300 personas, quienes confirmaron con su presencia que este tema era importante y necesario.

Al cabo de un año teníamos afiliadas 45 empresas medianas y grandes, con quienes celebramos capacitaciones, foros presenciales y virtuales, reuniones, presentaciones, declaraciones y actividades, llevando el mensaje sobre la necesidad de eliminar los sesgos y estereotipos que impiden a las mujeres acceder al poder, tomar conciencia de la necesidad de medir las brechas de género en las empresas y, sobre todo, de asumir como prioridad acciones conducentes a cerrarlas, porque los discursos más convencionales en este sentido desde las empresas privadas incluyen el reconocimiento de algunos problemas, pero no consideran otras dificultades que obstaculizan priorizar acciones *para atacarlos sin ambages*. El mensaje, en fin, de que las empresas en Venezuela han sido históricamente cotos cerrados de poder masculino y que ese modelo tiene que mejorar como herramienta intrínseca de los procesos de modernización y sostenibilidad.

Frutos

AVEM es una alianza de empresas, no de mujeres, que promueve la equidad de género en sus organizaciones. Impulsamos, asesoramos, investigamos, divulgamos y entrenamos sobre aspectos que mejoren la participación gerencial y directiva de la mujer.

Queremos generar un impacto positivo en la transformación cultural del espacio corporativo empresarial privado venezolano, contribuyendo eficazmente a equilibrar la participación de las mujeres en los máximos niveles de dirección y gerencia.

En sus seis años de funcionamiento, logramos posicionar el tema en la agenda de muchas empresas que a la fecha no se lo habían planteado; aprendimos de las mejores prácticas de empresas afiliadas con presencia en otro lugares del mundo; nos unimos en torno a las múltiples resistencias que surgieron en contra del mensaje feminista que subyace a la lucha por los derechos de las mujeres en términos laborales, patrimoniales y de negocios; desmitificamos creencias limitadoras sobre el rol de las mujeres en el ámbito productivo, entre otros resultados alcanzados.

Para mí, AVEM representó, en lo personal, un reto enorme desde su creación, constitución y desarrollo, con pandemia mediante y en medio de los peores años de la crisis política y económica en Venezuela. Defender la tesis de la paridad y de la lucha contra las desigualdades de género en medio de tantas carencias e inestabilidad, nos hacía lucir como desubicadas. Pero convencidas de que no es sostenible un modelo económico que excluya y limite el desarrollo a la mitad de su población y que la inclusión de las mujeres en posiciones de poder era clave para superar las crisis, persistimos en el mensaje y aquí estamos.

Un futuro posible

Montones de cosas quedan por hacer. Seguir divulgando el mensaje, incorporar más empresas a esta causa, evitar el arrinconamiento gremial a partir del estereotipo “son cosas de mujeres”, para dar paso a un procesamiento serio de la agenda AVEM en todos los espacios empresariales. Buscar apoyos para aumentar la disponibilidad de datos sobre techo de cristal, suelo pegajoso y, más en general, desigual distribución de cargas y exigencias para el progreso gerencial y directivo. Evaluar el alcance de la participación patrimonial de mujeres en las empresas venezolanas y su correspondencia en términos directivos, su desigual acceso a financiamiento desde su posición empresarial, así como considerar más y mejores políticas internas para romper estas brechas.

Recientemente AVEM renovó sus autoridades y le toca ahora a mi amiga Patricia Valladares y al grupo de personas que continúa enriqueciendo esta experiencia continuar con el testigo, segura de que su formación y experiencia directiva, gerencial y gremial le darán brillo a su gestión, además del apoyo y solidaridad de todas las aliadas AVEM, a quienes agradezco con el corazón su permanencia, participación y compañía.

Sigamos abriendo espacios para las mujeres. Las de esta y las de las generaciones que vienen. Para que ninguna más sienta la exclusión, la discriminación y la subordinación por el hecho de ser mujeres. Para que las empresas en Venezuela sean ejemplo de modernidad y desarrollo, yo deseo larga vida a AVEM.



Foro AVEM 2024 - Caracas, Venezuela

¿Alguna vez has sufrido por amor?

Uno de los principales mandatos sociales que recibimos las mujeres desde adolescentes, es el de tener pareja como requisito para sentirnos personalmente realizadas. Se mezcla con la presión social hacia la maternidad y, aunque son claramente distintas, nos carga de culpa ante nuestra familia y entorno si, pasado cierto tiempo, no hemos concretado la institucionalidad de pareja esperada. Esta presión llega a ser tan fuerte, está tan imbricada en nuestra identidad que afecta, incluso, nuestro autoconcepto (lo que creemos que somos como personas).

El romanticismo, como producto de la cultura patriarcal (patriarcado es un sistema de poder que reserva privilegios para los hombres y excluye a las mujeres), es un fenómeno que se extendió en el XIX con la venta masiva de novelas románticas y que ha mostrado el amor como una excusa para el control y la dependencia de las mujeres hacia los hombres.

Antiguamente, y nos sorprendería saber que ese pasado no es tan antiguo como algunas generaciones recientes creen, las mujeres solo podíamos ascender en la escala socioeconómica a través del matrimonio: las mujeres no podían abrir una cuenta bancaria sin sus padres o maridos, por ejemplo. Por eso siempre deseaban que un hombre les otorgase el papel de adultas y les permitiese tener presencia social en los actos públicos de su esposo. Ese deseo mitifica la figura masculina a ojos de las mujeres, que buscan en ellos protección, placer y cariño, seguridad y estabilidad. Sobre todo, buscan la conexión con lo que se ha vendido como la mayor fuente de felicidad, la maternidad.

Desmontando el mito

Te presento a cuatro feministas que nos ayudan a entender los mitos del amor romántico: Coral Herrera, Simone de Beauvoir, Marcela Lagarde y Kate Millet.



Coral Herrera es autora del libro “La construcción sociocultural del amor romántico.” Ella nos explica que el amor se nos vende como un estado permanente e ideal a través del cual se llega a la felicidad total. Es un refugio en el que mucha gente busca la “salvación” individual. Al ser un ideal, la realidad no hace sino frustrarnos. Cuantas más expectativas nos hacemos en torno a nuestra pareja ideal, más sufrimos y más nos desencantamos. Idealismo y realismo actúan entonces como polos opuestos. El terror masculino al poder femenino es lo que probablemente impida a los hombres asumir compromisos plenos y tener relaciones igualitarias.



Kate Millet, importantísima feminista estadounidense se consagró como un referente obligado de la teoría feminista con su obra “Política sexual”. Ella afirma que no es que «el amor sea en sí malo», sino que se ha empleado para «engatusar a las mujeres y hacernos dependientes en todos los sentidos». No se trata de afirmar que ser esposa o madre de alguien sea en sí malo, sino que desde la crítica feminista se ha visibilizado cómo estas construcciones sociales son utilizadas para alimentar a la opresión de las mujeres y limitar su desarrollo como personas autónoma.



Marcela Lagarde, prestigiosa feminista mexicana, lo caracteriza así: La ideología patriarcal busca conservar el miedo femenino a la soledad y que de esta forma las mujeres tengamos aún la necesidad de validar nuestra existencia a través de la experiencia amorosa con los hombres, algo así como que nosotras sigamos amando y ellos gobernando, aunque tengamos postgrados, una vida profesional exitosa u ocupemos posiciones de poder. La doctora Lagarde nos invita a las mujeres a deconstruir nuestra soledad y entender que estar solas no pone en riesgo nuestra sobrevivencia, al contrario, nos ayuda a reconocer que somos seres autosuficientes en términos de procurarnos felicidad y así, no generar dinámicas de dependencia.



Simone de Beauvoir en su imprescindible libro “El Segundo Sexo” afirma que el amor no tiene el mismo sentido para las mujeres que para los hombres, ya que, para las primeras, el amor es una dimisión total en beneficio de un amo. Encerrada en la esfera de lo relativo, destinada al hombre desde su infancia y habituada a ver en él un soberano con el que no tiene permitido igualarse, lo que soñará la mujer será unirse y confundirse con este ser soberano como única salida para trascender, perderse en el cuerpo y el alma de este ser que le es designado como lo absoluto y esencial.

Durante la ausencia del ser amado, la enamorada se siente en peligro: «no hay mucha distancia entre la traición, la ausencia y la infidelidad». ¿Y cómo no sentirse celosa si en cada mirada que el hombre amado dirige a otra mujer pone en juego su destino y supervivencia? Imprecisos o definidos, sin fundamento o justificados, los celos son para la enamorada una tortura enloquecedora porque si la traición es cierta, habrá que renunciar a ese amor... y, con éste, a la mayor parte de sí misma.

Vínculos, no dependencias

No es lo mismo hacer vínculos y elegir cómo serán esos vínculos, que convertirse en el apéndice de otra persona y vivir subsumidas a ese otro ser. La autonomía no es contradictoria con la construcción social, la asociatividad, el emprendimiento en común, la gestión de lo público, porque el vínculo genera dinámicas que facilitan la interdependencia.

Todos estos mandatos, expresados de distintas formas y por distintos medios (películas, cuentos de hadas que simbolizan la vida que nos espera, las revistas, canciones, las parejas de moda que salen en el programa de turno y que casi siempre nos venden un modelo de amor insano y superficial...) nos llevan a confundir el amor con la dependencia emocional. Nos han hecho entender el amor como apego, como sumisión ante la pareja y no como un intercambio recíproco de afecto. Si sufres, eso no es amor.

Para nuestras mujeres, Venezuela no se arregló

En general creo que Venezuela no se arregló para nadie, ni está en camino de hacerlo. La economía pierde fuerza, según reportes de varias empresas consultoras especializadas, y esto representa peores escenarios para todos, pero muy especialmente para las mujeres, quienes históricamente acusan mayores golpes a su autonomía física, económica y política de manera desproporcionada, como hemos visto en todas las crisis registradas en el pasado y el presente.

Las venezolanas en general, tenemos un 29% menos posibilidades que los hombres de tener igualdad de oportunidades en la educación, la economía y la política, según el Índice Global de Brecha de Género del Foro Económico Mundial de 2021.

Gracias al movimiento feminista venezolano, ahora este desigual trato a los problemas de las mujeres es noticia y emergen investigaciones locales bien conducidas, que vale la pena considerar para tener una evaluación más ajustada de la realidad. Hago un paneo general cargado de datos como el que entregué hace unos días, esta vez sobre la situación de las mujeres de nuestro país, como un modo de alimentar respuestas para gente quizá bienintencionada, pero incrédula, incluyendo muchas mujeres que, a partir de su experiencia individual y el tipo de entorno en el que se desenvuelven, aún opina que Venezuela “no es taaaann machista”.

Autonomía económica

La proporción de mujeres venezolanas en la fuerza laboral comenzó a bajar de manera sostenida a partir de 2014. Para 2020, año en el que fue declarada la pandemia de covid-19, Venezuela era el segundo país en una muestra de doce naciones de América Latina con la tasa de participación laboral femenina más baja según datos del Banco Mundial, concluyen Prodavinci y la Consultora ANOVA Policy Research.

Aproximadamente nueve de cada diez hogares con jefatura femenina están en situación de pobreza. En los últimos 8 años, las tasas de pobreza en hogares liderados por mujeres solteras son en promedio 13 puntos porcentuales mayores que las de hogares liderados por hombres solteros y 2 puntos porcentuales mayores que los hogares biparentales.

En Venezuela la proporción de mujeres que ni reciben educación ni tienen un trabajo remunerado creció 13 puntos en una década. Para 2020, la tasa alcanzó el 39% y superó en 11 puntos porcentuales a la fracción de hombres. En el contexto regional, dentro de Latinoamérica y El Caribe, el país supera por 10 puntos porcentuales el promedio de las jóvenes que ni estudian ni tienen un trabajo.

De acuerdo con el informe 2022 de la Encuesta Nacional sobre Condiciones de Vida (Encovi), el nivel de ocupación de las mujeres en Venezuela en el mercado laboral apenas alcanza el 32,9%. Precisan además que aun cuando ellas tienen títulos universitarios, terminan ocupando puestos de apoyo administrativo con los hombres liderando los cargos directivos. Y en cuanto a la brecha salarial los hombres superan al menos en un 18% a las mujeres respecto a los ingresos y cuentan con más probabilidades de optar a un trabajo formal.

Autonomía física

70% de las venezolanas no puede planificar sus embarazos según la Red de Mujeres Constructoras de Paz, ni 40 % tiene acceso a productos para la gestión menstrual. Venezuela ocupa el tercer lugar en América Latina en cuanto a la mayor tasa de embarazos en adolescentes. De acuerdo con datos del Fondo de Poblaciones de Naciones Unidas, el país tiene 95 nacimientos por cada mil adolescentes entre 15 y 19 años, una cifra altísima, que nos denuncia a todos en nuestra capacidad de proteger etapas críticas de la vida de nuestras niñas y adolescentes, condicionando nuestro futuro como sociedad.

La Sociedad de Obstetricia y Ginecología de Venezuela afirma que no ha habido decrecimiento de las cifras de mortalidad materna durante los últimos 15 años. Hasta 2019 la tasa de mortalidad materna estaba, en promedio, en 112,2 fallecidas por cada 100.000 nacidos vivos por hemorragias postparto, sepsis e hipertensión inducida por el embarazo.

Desde AVESA reportan que el 75% de las embarazadas que requieren tratamiento antihipertensivo no pueden adquirirlo por razones económicas y el Estado no les puede garantizar su suministro efectivo. El 48% de las embarazadas no puede acceder a los suplementos nutricionales básicos que requiere su propia protección y la construcción de una nueva vida. 9 de cada 10 mujeres en sectores populares no ha planificado su embarazo. En Venezuela no se puede hablar de parto humanizado debido a las carencias en los hospitales y la falta general de recursos de soporte.

Las venezolanas presentan mayor malestar físico y psicológico, según estudio UCAB Psicodata reciente. 45.7% de ellas considera que su ánimo se ha deteriorado y 38% que su salud ha desmejorado. Las mujeres constituyen uno de los grupos más vulnerables identificados en el estudio ¿Será que no incluyeron a tantísimas mujeres superpoderosas, entaconadas, todoterreno...?

Por otro lado, en Venezuela se produce un femicidio cada 57 horas. El Monitor de Femicidios de UTOPIX expresa la preocupación por el incremento de la violencia hacia mujeres, la impunidad y la falta de propuestas y acciones contundentes por parte del Estado venezolano. Eso considerando que la violencia física contra las mujeres es uno de los aspectos más típicamente subfacturados (es decir, con la tasa de denuncias formales NO efectuadas y tramitadas con respecto al total de hechos violentos producidos), en países del contexto caribeño como el nuestro.

Autonomía política

Encuestadas 936 mujeres a nivel nacional, 68,6% consideró que las mujeres no son tratadas igual que los hombres cuando ejercen roles políticos; 27% expresó que no conocía a alguna mujer política, alcaldesa, líder vecinal, gobernadora u de otro tipo.

91,2% respondió estar de acuerdo con la participación de las mujeres en los procesos políticos de cualquier nivel. Sin embargo, solo un 33,4% aseguró que sí había participado en cargos de decisión.

En las elecciones celebradas en 2021, la situación de las mujeres que hacen política en Venezuela empeoró respecto a la elección anterior, el número de mujeres gobernadoras y alcaldesas disminuyó 40% y 16%, respectivamente. En este sentido, sólo 9% de las gobernaciones del país tienen como jefe de su ejecutivo a una mujer, mientras que en el caso de los municipios el porcentaje es de 18%. “Los partidos políticos son la primera barrera de entrada que impide y limita una efectiva participación política de las mujeres en Venezuela.

Los datos muestran como la participación de la mujer es permitida en espacios periféricos de poder y es más común en organizaciones con pocas posibilidades reales de llegar al gobierno”, según concluyen en el informe presentado por NIMD, lo cual confirma los múltiples testimonios de violencia política que sufren las mujeres que optan por participar en cargos de poder en nuestro país.

Ojalá hubiese mucha más data oficial en Venezuela, que históricamente tuvo un seguimiento estadístico envidiable en su contexto, pero ya sabemos que el acceso libre a la información pública no forma parte de las fortalezas del actual sistema. Tocaré continuar investigando con recursos escasos y en contextos adversos a la revelación de situaciones que denuncian fallas en la gestión de los asuntos comunes.

Venezuela es machista

Todavía hay gente, lamentablemente muchas mujeres, que piensan que en Venezuela no hay machismo y que entre los países de la Región somos los más avanzados en materia de igualdad entre mujeres y hombres. Esta posición podría estar escondiendo muchos sesgos personales, porque en ocasiones nos habituamos a ciertas interacciones y ciertos tratos cotidianos que se “normalizan” en nuestro cerebro y solo educando con una perspectiva crítica podemos identificarlos y reconocerlos.

Esto no es tema complementario, no viene después de la pobreza o de la calidad democrática y el caos institucional o del medio ambiente...

Esto es transversal a todos los problemas y desde ese reconocimiento debemos trabajarlo. Más allá de las experiencias personales, creo que vale la pena ahondar en datos y estudios que ponen en su sitio el alcance de la cultura patriarcal y de las brechas entre hombres y mujeres en Venezuela.

Dejar de mirarnos el ombligo, sobre todo las que alcanzamos libertades paradas sobre nuestros privilegios, podría habilitarnos para apoyar donde sea necesario y seguir luchando para procurar que cualquier arreglo de país incluya, de manera prioritaria, defender a sus mujeres y a sus niñas.

Deseos no preñan, o no deberían

Ana Obregón, una conocida actriz española acaba de comprar una bebé que mandó a fabricar con el semen de su hijo muerto, lo que convierte a la niña en su hija-nieta. Lo hizo, según sus declaraciones, porque ese era el deseo de su hijo antes de fallecer. Otros ricos y famosos como Elon Musk, Kim Kardashian, Jessica Chastain, Cristiano Ronaldo, Ricky Martin, Lucy Liu, James Rodríguez, Tyra Banks, Elton John, Nicole Kidman, Nick Jonas, Sarah Jessica Parker, Miguel Bosé y muchos más, han pagado mucho dinero a compañías que intermedian, por alquilar el vientre de una mujer pobre (le dicen subrogación o maternidad por sustitución para que no suene tan feo), a quienes les pagan para que se embaracen, a los nueve meses los paran y se desprendan de las criaturas.

Esta moderna práctica de control y explotación sexual es romantizada mostrando fotos edulcoradas de la pareja infértil, hetero u homosexual, o en este caso de la abuela madre, felices, recibiendo a la criatura, sin que nadie hable del efecto que esto trae en la madre alquilada en su función vasija cosa, que por contrato debe permanecer en el anonimato ni reclamar nada, borrada, desechada después de parir. A las mujeres, por una cosa u otra, siempre nos borran.

No es un derecho humano tener hijos

La maternidad no es un derecho, por lo que las mujeres que pueden tener hijos no les deben nada a las que no. Así como ocurre en la prostitución y la pornografía, la vulnerabilidad y necesidad económica es lo que verdaderamente lleva a las mujeres de muchos países pobres a servir de incubadoras durante nueve meses para entregar su bebé a otros y no por un acto de altruismo.

El deseo de tener hijos no está explícitamente reconocido como un derecho humano en los instrumentos internacionales, aun cuando el derecho a fundar una familia está protegido por la Declaración Universal de Derechos Humanos.

El Comité de Derechos Económicos, Sociales y Culturales de las Naciones Unidas ha reconocido el acceso a la salud reproductiva como un derecho humano, incluyendo el acceso a la información, a los métodos anticonceptivos, al aborto seguro y a la asistencia médica necesaria para la prevención y tratamiento de la infertilidad.

En cualquier caso, el derecho a fundar una familia debe ser equilibrado con otros derechos humanos, como el derecho a la protección contra la explotación y el abuso, y eso se vulnera completamente cuando se alquila a una mujer para que se preñe a cambio de dinero.

Un negocio

La mayor prueba de que esta es una industria en expansión, basada en la explotación sexual de las mujeres, es la existencia de granjas de mujeres embarazadas. Ucrania, por ejemplo, es conocido como el «útero del continente» con sus numerosas clínicas de fertilidad donde, según estimaciones, cada año y aún en guerra, nacen 2.500 bebés comprados por parejas extranjeras, aun cuando esta práctica esté prohibida en los países de origen de los compradores.

La lista de países donde existe la compraventa de bebés la integran India, Tailandia, Laos, Camboya, Nepal, Irán, Georgia, Israel, Kenia, Guatemala y México. Estados Unidos es el país más caro para comercializar la paternidad y la maternidad pues los costos van desde 130 mil hasta 200 mil dólares. En el caso de Europa, el precio oscila entre 45 mil y 150 mil euros.

Aunque nuestro país no es considerado un lugar de turismo reproductivo, los acuerdos de maternidad subrogada sí están ocurriendo. La abogada zuliana Lourdes Rincón explica que «no hay una regulación para los tratamientos de reproducción asistida, incluyendo el tema de los vientres de alquiler» y que a pesar de que estos centros existen en Venezuela desde 1974, «se ha venido ejecutando sin control del Estado»

Duele y sorprende la forma en que muchas agencias y centros de reproducción publicitan los servicios para comprar bebés: «Le garantizamos el éxito o le devolvemos el dinero». «Personal capacitado», «La edad ya no es un problema», «Les ayudamos a cumplir sus sueños», «El paquete incluye excursión personalizada», «Elección del sexo del bebé», «Reinicio del proceso en caso de aborto»... Vale la pena preguntarse, ¿Qué tan distinto es todo esto al tráfico de personas? ¿Cuánto vale realmente una vida?

Deseos no son derechos.

La subrogación está cargada de consideraciones éticas y morales, porque conlleva importantes riesgos psicológicos y físicos para las mujeres cuyos úteros han sido «alquilados», para las mujeres cuyos óvulos han sido recolectados para crear un embrión y para los niños y niñas que nacen de estas transacciones.

Las madres gestantes son sometidas a técnicas de desprogramación para que, desde el inicio del proceso, piensen que ellas son únicamente los objetos, pero que no son sus madres. Las clínicas someten a las mujeres a una terapia psicológica para tratar de suprimir el vínculo con el feto. Bajo adiestramiento, se convierten así en portadoras de una mercancía que deben asegurarse de entregar en perfecto estado.

El foco siempre se pone en los deseos de los «padres de intención» sobreponiéndose a los intereses de las madres que los gestan. Pero comprar a una persona es ilegal y una violación grave de los derechos humanos. Cualquier forma de tráfico de personas, incluyendo la gestación alquilada, debe ser considerada un delito y una violación de la dignidad humana.

La venta de bebés como medio de subsistencia no puede legalizarse, porque entre otras cosas, el cuerpo de las mujeres no es un producto comercializable.

Salud mental para las madres en su día

Hace años, cuando mis hijos eran pequeños, me preguntaron qué regalo quería recibir por el día de la madre. Yo les dije “estar sola”. Obviamente con esa respuesta pasé a la categoría de mala madre en un instante. Pero si nos detenemos a ver lo que significa que tengas para ti un día especial, ese debe ser el regalo más deseado, y al mismo tiempo menos solicitado por muchas mamás.

En este mes de mayo no solo se celebró el día de las madres sino también el día mundial de la salud mental materna. El objetivo de tener una fecha para hablar de este tema es “elevar la conciencia acerca de los problemas de salud mental, con vistas a que más madres busquen ayuda, reciban tratamiento adecuado y reduzcan su sufrimiento”. El lema de la campaña para el año 2023 es: La salud mental materna importa.

La Organización Mundial de la Salud (OMS), ha establecido que los trastornos de salud mental aumentan el riesgo de otras enfermedades y contribuyen a lesiones no intencionales e intencionales. La depresión continúa ocupando la principal posición entre los trastornos mentales, y es dos veces más frecuente en mujeres que hombres.

Malestar materno en cifras

En Venezuela se registra la más alta tasa de embarazo adolescente entre los países de Sur América, con 96 nacimientos por cada 1.000 mujeres de 15 a 19 años de edad. Una joven a esa edad aún está en plena formación, pero teniendo que encargarse de criar a otro ser humano. Esta situación, aunada a la falta de apoyos del Estado, las empresas y la mayoría de las veces del padre de la criatura, sin duda alguna pasa factura a su estabilidad mental y emocional presente y futura.

Según datos de la Organización Mundial de la Salud (OMS), el 25% de las mujeres embarazadas experimenta algún tipo de malestar de carácter psíquico y una de cada cinco va a padecer algún trastorno de salud mental durante el embarazo y el primer año tras el parto.

Desde la Universidad Católica Andrés Bello, en el último estudio Psicodata, (2023) leemos que las mujeres en Venezuela presentan mayor malestar físico y psicológico. 45.7% de ellas considera que su ánimo se ha deteriorado y 38% que su salud ha desmejorado durante esta crisis económica y política.

En un estudio que realicé desde FeminismoINC con Visionarias llamado “Venciendo la inercia del suelo pegajoso” (2022) con 180 mujeres en América Latina, el mayor problema que reportaron las madres, fue la sensación de fatiga y agotamiento por el trabajo doméstico que es necesario hacer al regresar del trabajo formal, la falta de tiempo para dedicarle a su trabajo o estudios, temor a la privación de ser promovidas o asignadas a un proyecto importante por la posibilidad de salir embarazada o por tener hijos de los cuales ocuparse, dificultades para viajar por negocios o moverse de ciudad por ataduras familiares.

Se quejaron también por la falta de apoyos que esperan les proporcione la empresa donde trabajan, como por ejemplo guardería, sala de lactancia, trabajo remoto, horario flexible y otras medidas que favorezcan la conciliación laboral-maternal. Muchas han tenido que tomar un trabajo a tiempo parcial o por horas para poder con todo, lo cual las conduce al camino de la brecha salarial o, en el peor de los casos, a tener que abandonar el trabajo porque no era compatible con las otras responsabilidades y cargas domésticas.

Para muchas de ellas, genera estrés excesivo y mucha tensión sentir que tienen la máxima responsabilidad por los fallos o errores de los hijos, que no calzan los puntos para ser un “buen modelo” de madre, resentimiento por la poca involucración de la pareja en las labores del hogar, culpa por no estar haciendo lo suficiente por los hijos y por no poder disfrutar más de ellos, y la sensación de que, si ella no lo hace, nadie más lo hará. Pero, sobre todo, las hace sentir muy mal la conciencia de saber que no disponen de tiempo para sí mismas.

Muchas veces, la situación se agrava hasta el punto de que, para muchas mujeres, no tener hijos es visto como una ventaja para avanzar en la carrera, según reportaron en sus testimonios para este estudio. Porque siempre, a la carga laboral y doméstica se le suma la carga mental asociada a la responsabilidad del bienestar de los hijos, pareja, lo doméstico y lo laboral.

La carga es mental y es real

Carga mental es un concepto descrito por primera vez por la socióloga Susan Walzer, en 1996, en su estudio “Thinking about the baby”. Lo definió como el síndrome de las mujeres que viven abrumadas por el cúmulo de responsabilidades de su vida cotidiana. Según el estudio de la organización Womenalia con más de 1200 mujeres (España, 2020), que ahonda en las causas de la imposibilidad de conciliar, el 71% de las mujeres sufren carga mental. Frente a ellas, solo el 12% de los hombres lo experimentan.

Las amigas de MomsData lo documentaron muy bien en su estudio “La carga mental en las mujeres” (2023). Encontraron que un 70% de las mujeres de la muestra seleccionada en Latinoamérica declara que ellas se encargan mayoritariamente de que la casa y la familia funcionen. Este porcentaje se mantiene incluso en las mujeres que adicionalmente trabajan en la calle: “Las mujeres se sienten frustradas, cansadas, tristes, estresadas y ansiosas ante la carga mental con la que viven. Ante tal situación no es sorpresa ver que el cuidado de sí mismas es la última de sus prioridades”.

¿Cuál es la realidad de la carga mental para mujeres que son mamás de niños/as entre 0 y 6 años? Según los testimonios proporcionados para este estudio el cansancio mental lo relacionan con falta de libertad, poca motivación para vivir, gran acumulación de tareas pendientes y preocupaciones, con sentirse perdidas. También declaran que el estrés, agotamiento, desconexión del presente y el descuido de sí mismas son de las consecuencias más constantes y comunes, dejando el autocuidado, la salud mental y hasta física de las mujeres por debajo de todas las otras necesidades.

Por tradición, la maternidad ha sido una historia de abnegación, postergaciones, sacrificios y preocupaciones constantes que pasan por debajo de la mesa porque se nos vende como el mayor de los servicios que una mujer puede hacer a la humanidad. Casi que la principal, si no la única, razón de ser. Por este motivo, el 85% de las madres que tienen algún problema de salud mental no son atendidas y mucho menos diagnosticadas, a causa de la visión romántica y estereotipada de la maternidad en la sociedad

El mensaje que se nos da desde chiquitas es que las mujeres tenemos que ser madres y al serlo, tenemos la obligación de sentir amor incondicional, además de ser la principal, y a veces única, figura responsable del cuidado de las y los hijos, y sin quejarse. Obviamente esto tiene que cambiar entendiendo lo que en realidad toda madre necesita: tiempo, no discriminación y saber que no está sola en esta importante tarea social donde familia, gobierno y empresa tienen un rol corresponsable fundamental.

Ellas también

En este mes de las madres y de los cuidados por su salud mental, pensemos también en aquellas que sufren pérdidas en la etapa gestacional o neonatal, las que están presas sin contacto con sus criaturas, las madres que cuidan a hijos e hijas con discapacidad con el dolor y el trabajo que ello significa, las que padecen depresión postparto (un trastorno que afecta aproximadamente al 15% de las mujeres que dan a luz a nivel global), las mal llamadas subrogadas o gestantes en el negocio mil millonario de los vientres de alquiler, las madres mayores de 60 y 70 años que aún hoy cuidan hijos, nietos y bisnietos y no por gusto.

Recordemos también a las que tienen que parir aun siendo violadas por imposición religiosa, pero sin desearlo realmente, a las “madres a juro” que lo son por presión social, a las que conviven con padres que se desentienden de la manutención de sus hijos e hijas, a las que sufren violencia gineco-obstétrica, a las que quedan con secuelas de salud por no contar con aborto legal, seguro y gratuito, a las que han perdido a sus hijas por femicidios.

Para todas ellas, regalemos por lo menos un día de libertad, un día libre para sí mismas, un baño de salud mental para todas ellas.

Papás desentendidos

Muchos más padres de lo que pensamos, se desentienden de su responsabilidad desde el momento de enterarse de un embarazo. Pero también están los que aun reconociendo jurídicamente a sus hijos y viviendo en una relación estable, sienten que eso de bañar niñitos, alimentarlos, hacer tareas, despertar a medianoche a calmar llanto, llevar a piñatas o ir al pediatra o al colegio a resolver temas relacionados con sus hijos e hijas, no es con ellos. Los más adelantados incluso hablan de ayudar o cooperar, pocos lo asumen como una responsabilidad propia.

Y es que hablar de la participación de los varones en los cuidados de su descendencia es un tema de modernidad. La naturalización de la división sexual del trabajo no hizo cuestionable el desapego de muchos padres de las labores de crianza, más allá de proveer para la casa, convirtiéndola en una tarea delegable mayoritariamente en la madre.

Es cierto que en los últimos años se han registrado cambios importantes sobre todo en sectores clase media educada, hombres jóvenes y urbanos. Esto gracias al movimiento feminista, al problematizar la ausencia del padre como un asunto de interés público y no como algo que se atiende al interior de cada hogar. Sin embargo, aun en este siglo, involucrar a los hombres en el ámbito de los cuidados sigue siendo un desafío pendiente y necesario para favorecer la igualdad.

El modelo “madre hay una y está sola”

Lamentablemente el modelo tradicional aún persiste en la inmensa mayoría de hogares latinoamericanos, aun cuando ambos padres trabajen en la calle y sean proveedores, como lo demuestran las Encuestas de Uso del Tiempo que se han publicado recientemente en Latinoamérica. Varios factores son causa y efecto de esta situación, como la falta de guarderías u hogares de cuidado diario accesibles o la brecha salarial entre géneros a favor de los hombres y que son la principal causa para que muchas mujeres abandonen el trabajo remunerado asumiendo el rol de madres a tiempo completo, “como naturalmente debe ser”, dirán algunos.

El modelo machista tiene entre sus particularidades el alentar a los hombres a regar su semilla sin ocuparse mucho de hacerse cargo de los frutos. Por supuesto, esto tiene sus variantes en función de la educación y nivel socioeconómico, pero en general, en el imaginario masculino, eso de criar, es cosa de madres.

De acuerdo con la Encuesta Nacional de Condiciones de Vida /ENCOVI, 2022, a pesar de que hay menos mujeres viviendo solas que hombres, las cargas familiares y la prevalencia de la mujer como jefa de hogar aumentan en hogares monoparentales o donde hay más familiares viviendo en un mismo espacio. 53% de las mujeres que son jefas de hogar están divorciadas, son viudas o están solteras, por lo que les toca asumir situaciones de jefatura, generalmente en pobreza extrema y en hogares con arreglos familiares extensos que pueden suponer algún apoyo o aumentar la carga.

Aproximadamente nueve de cada diez hogares con jefatura femenina están en situación de pobreza en Venezuela, advierten desde Prodavinci y ANOVA Policy Research, en el estudio “Autonomía perdida: ¿Qué pasa con la fuerza laboral femenina en Venezuela?”: “En los últimos 8 años, las tasas de pobreza en hogares liderados por mujeres solteras son en promedio 13 puntos porcentuales mayores que las de hogares liderados por hombres solteros y 2 puntos porcentuales mayores que los hogares biparentales.

La baja participación laboral femenina, las limitaciones económicas de los trabajos informales y las desigualdades con base en los roles de género –reforzados durante la emergencia humanitaria– limitan la independencia económica de las mujeres venezolanas”. ¿Cómo asegurar una crianza adecuada en medio de este cuadro tan desolador que les ha tocado vivir a tantas venezolanas sin el apoyo de políticas públicas que reconozcan estas realidades.

No sé si las nuevas generaciones de padres quieren estar más implicados en la vida de sus hijos y si están más dispuestos a involucrarse en las tareas que de forma sexista se han asignado a las mujeres. Pero es vital que esto se promueva, porque facilitaría de forma más expedita la tan deseada igualdad de derechos entre mujeres y hombres como valor social esencial.

Ventajas de la paternidad implicada

Numerosos estudios reportan que, padres verdaderamente involucrados, ayudan a los niños, a sus madres y a la economía a prosperar. Mientras más hombres compartan la responsabilidad del hogar y la crianza de los hijos, más mujeres podrán salir al mercado laboral, con la consecuente mejora de los indicadores de crecimiento económico de los países.

Las niñas que crecen en un hogar con un padre que comparte las tareas domésticas, aspiran a trabajos menos tradicionales y potencialmente mejor pagados. Los niños que ven a sus padres compartir las tareas del hogar son más afines a la idea de prodigar cuidados a su familia cuando son adultos. La paternidad implicada hace a los hombres más felices y saludables y ven en la relación con sus hijos una fuente de bienestar y felicidad, con esperanza de vida mayor, con mejor calidad de vida. Incluso, cuando el hombre se involucra, la tasa de problemas asociados a violencia doméstica se reduce.

Ideas que pueden funcionar

Crear planes de acción para promover la paternidad involucrada, no violenta e igualitaria de hombres y niños para compartir los cuidados y trabajo no remunerado; poner en práctica bajas paternas pagadas; compartir data para medir en cada país el impacto social de hombres en su rol de padres involucrados; reconocer la diversidad de los cuidados que ofrecen los hombres y apoyarlos en todas sus formas y alentar a las mujeres a desafiar las normas sociales que impiden a los varones participar de la crianza y cuidados familiares, son iniciativas que pueden cambiar las reglas de juego y transformar el rol masculino en el ejercicio de una paternidad verdaderamente responsable. Quizás la clave para que el cambio real se dé, reside en la revalorización del trabajo de los cuidados.

“Mi papá me cuida”, “mi papá me mimas”, “mi papá me enseña”, “mi papá plancha, lava” ... la apuesta es que las concepciones tradicionales vayan flexibilizándose a través de la presentación de una imagen diferente de la figura paterna, de forma que ellos sean cada vez más conscientes de las múltiples actividades que pueden realizar como padres.

Trabajadoras de cuello rosa

Aun cuando los esfuerzos feministas por vencer los estereotipos y roles asignados al sexo han dejado frutos positivos y han abierto caminos a muchas mujeres para desempeñarse en espacios históricamente hiper masculinizados, se sigue perpetuando el modelo que las relega a funciones de servicio y apoyo.

Desde 1930, en los Estados Unidos se comenzó a popularizar la clasificación de los trabajadores por el color del cuello de su uniforme en el ambiente laboral. En ese momento se hizo la distinción entre trabajadores de cuello azul (los que realizaban labores físicas y de manufactura) de los de cuello blanco (aquellos que desempeñan trabajos de oficina más administrativos y profesionales). Esa terminología sigue siendo utilizada hoy en día, clasificando a los trabajadores cuello blanco como más productivos, capacitados y receptores de mejores salarios, que los de cuello azul.

Más recientemente surgieron otras clasificaciones como la de trabajo de cuello dorado (altamente calificados como emprendedores y científicos), cuello verde (especialistas en producir bienes y servicios para el medio ambiente), cuello negro (dedicados a la industria minera y extracción de petróleo, pero también al trabajo ilegal) y los de cuello rosa (dedicados a la industria de servicios).

El cuello rosa discrimina

Un trabajo de cuello rosa es uno que tradicionalmente se ha reservado solo para mujeres. El término fue acuñado a fines de la década de 1970 por la escritora y crítica social Louise Kapp Howe para denotar “a las mujeres que trabajan como enfermeras, secretarías y maestras de escuela primaria”. Estos puestos no eran trabajos administrativos, pero tampoco eran trabajos manuales. Se trata de un trabajo de oficina mayoritariamente ocupado por mujeres, por razones principalmente de género. Según un reporte de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) el 70% de las mujeres tienen puestos de trabajo en el campo del cuello rosa, como la industria de servicios de alimentos y cosméticos.

Los típicos espacios rosa son el de secretaria, niñera, enfermera, trabajadora doméstica, recepcionista, tutora, cosmetóloga, mucama o ama de llave, florista, vendedora minorista de ropa o bisutería, maestra (sobre todo preescolar o educación especial), cajera, administradora, relacionista pública, peluquera, manicurista, cocinera, masajista, artesana y similares.

Se les llama también “gueto rosa” (pink ghetto) como una manera de describir los límites que tienen las mujeres para avanzar en sus carreras, ya que estos trabajos suelen ser “un callejón sin salida, estresantes y mal remunerados”. Es un mecanismo de exclusión institucionalizado, una suerte de segregación vertical, que impide el ascenso a posiciones de real poder en las empresas, relegándolas a funciones como recursos humanos, servicio al cliente y otras labores “blandas” que no conducen habitualmente a la alta dirección.

Los trabajos cuello rosa gozan de poco prestigio y son mal remunerados, quizás por eso no son de escogencia usual por parte de los hombres, habituados como están, por razones culturales, a disponer de poder y dinero. Algunos hombres se han ido incorporando a estas labores porque al intensificarse los avances tecnológicos, desaparecen los puestos de cuello azul, teniendo que migrar entonces a los puestos más feminizados. Pero esto ocurre con la consecuente discriminación que recibe quien está violando mandatos de género, llegando a cuestionar su virilidad por hacer “trabajos de mujer”. Así de sexistas estamos.

Por qué sucede

A las mujeres siempre se les asignó la responsabilidad del funcionamiento del hogar y se las hizo dependientes financieramente del marido. Al insertarse en el mercado laboral de la posguerra a mediados del siglo pasado, la forma como consiguieron hacerlo fue a través de labores ajustadas a este rol, como los cuidados, la asistencia y los servicios. Comenzaron como telefonistas, trabajadoras sociales, bibliotecarias, costureras y demás labores consideradas de poca importancia, rutinarias, con menores responsabilidades y de menor salario que el de los hombres, quizás para no encontrar tanta resistencia a su atrevida incursión en el medio productivo.

Los típicos espacios rosa son el de secretaria, niñera, enfermera, trabajadora doméstica, recepcionista, tutora, cosmetóloga, mucama o ama de llave, florista, vendedora minorista de ropa o bisutería, maestra (sobre todo preescolar o educación especial), cajera, administradora, relacionista pública, peluquera, manicurista, cocinera, masajista, artesana y similares.

Se les llama también “gueto rosa” (pink ghetto) como una manera de describir los límites que tienen las mujeres para avanzar en sus carreras, ya que estos trabajos suelen ser “un callejón sin salida, estresantes y mal remunerados”. Es un mecanismo de exclusión institucionalizado, una suerte de segregación vertical, que impide el ascenso a posiciones de real poder en las empresas, relegándolas a funciones como recursos humanos, servicio al cliente y otras labores “blandas” que no conducen habitualmente a la alta dirección.

Los trabajos cuello rosa gozan de poco prestigio y son mal remunerados, quizás por eso no son de escogencia usual por parte de los hombres, habituados como están, por razones culturales, a disponer de poder y dinero. Algunos hombres se han ido incorporando a estas labores porque al intensificarse los avances tecnológicos, desaparecen los puestos de cuello azul, teniendo que migrar entonces a los puestos más feminizados. Pero esto ocurre con la consecuente discriminación que recibe quien está violando mandatos de género, llegando a cuestionar su virilidad por hacer “trabajos de mujer”. Así de sexistas estamos.

Por qué sucede

A las mujeres siempre se les asignó la responsabilidad del funcionamiento del hogar y se las hizo dependientes financieramente del marido. Al insertarse en el mercado laboral de la posguerra a mediados del siglo pasado, la forma como consiguieron hacerlo fue a través de labores ajustadas a este rol, como los cuidados, la asistencia y los servicios. Comenzaron como telefonistas, trabajadoras sociales, bibliotecarias, costureras y demás labores consideradas de poca importancia, rutinarias, con menores responsabilidades y de menor salario que el de los hombres, quizás para no encontrar tanta resistencia a su atrevida incursión en el medio productivo.

Los cuidados, la salud o la educación, son empleos esenciales para la sociedad, “pero a menudo se pagan menos, están devaluados y carecen de oportunidades claras para avanzar en la carrera”, concluye el informe “Más allá de los trabajos de cuello rosa y la economía social 2023” de la OCDE. La brecha salarial es un fenómeno real y demostrable que se anida en este tipo de labores, consideradas marginales por aportar poco valor agregado a la economía productiva.

Esos sectores de cuello rosa, se ven más reflejados en los trabajos de la categoría de Empresa Social y Solidaria (ESS), que, según la Organización Internacional del Trabajo “hace referencia a las empresas y organizaciones (cooperativas, mutuales sociales, asociaciones, fundaciones y empresas sociales) que producen bienes, servicios y conocimientos que atienden las necesidades de la comunidad a la que sirven, con objeto de lograr objetivos sociales y medioambientales específicos y de fomentar la solidaridad”. El hecho de que las mujeres son la mayor proporción de la fuerza laboral de las ESS, no es una buena noticia si se las sigue encasillando en sectores feminizados que replican la asimetría de poder y la subordinación jerárquica en relación con los hombres y sus cuellos multicolores. Todo lo que refuerce estereotipos basados en prejuicios es dañino para la economía y la sociedad en su conjunto.

Eliminar el género en las ocupaciones

La idea del color rosa, como identificador de las vocaciones y dedicación de las mujeres, debe ser erradicada. Envuelve un montón de creencias asignadas al sexo que son arbitrarias e injustas. Lo femenino, condena. El camino es más sensibilización y educación que desmonte sesgos que hacen ver como “natural” el que una mujer se dedique a este tipo de labores de soporte y apoyo. Pero también revalorizarlas para que cada vez más hombres puedan dedicarse a su ejecución sin temores ni vergüenzas y para que se vea que si existen, es porque son funciones que agregan valor económico y, por lo tanto, sus actividades y perfiles ocupacionales pueden y deben estar mejor consideradas y remuneradas.

¿Somos las mujeres las culpables del machismo?

No pocas personas creen y defienden la tesis de que las mujeres, sobre todo las madres, somos las principales transmisoras de la cultura machista. La verdad no me extraña porque históricamente, desde los días de Eva, las grandes culpables de todas las desgracias, somos las mujeres. Nadie cuestiona quién escribe los relatos, obviamente hombres, a quienes se les atribuye toda la autoridad. Nos creímos el cuento y lo seguimos contando.

Esta forma de explicar lo que acontece es simplista y lineal. Se enfoca en buscar culpables y supone que a los problemas sociales les aplica la regla causa – efecto. Es necesaria una mirada más amplia y sistémica que pueda ayudar a comprender por qué, el machismo, con toda la carga de malestar que para mujeres y hombres significa (más para nosotras que para ellos, hay que decirlo) se ha perpetuado y afianzado.

Culpar a las mujeres

Cuando alguien dice “es que las primeras machistas son las madres”, está siendo cómplice del sistema patriarcal por varias vías.

- 1) Quitar toda responsabilidad a los hombres en la construcción de esta cultura desigual.
- 2) Revictimizar a las que sufren las peores secuelas de ese andamiaje social, las mujeres.
- 3) Desconocer que todas y todos somos hijos e hijas del patriarcado y que nos formaron con ese cuerpo de creencias de distribución asimétrica de poder, lleno de estereotipos y sesgos, motivo por el cual transmitimos todo el tiempo, sin saberlo muchas veces, mensajes machistas para reforzar el modelo.
- 4) Pensar que la educación de los hijos es competencia exclusiva de las madres y que lo que pase con la descendencia es su responsabilidad directa.

Your trusted brand since 2001

Yo me pregunto si los padres no crían también, y si no ejercen machismo abierto y contundente cuando, por ejemplo, se desentienden de la crianza. ¿Cuántas madres no tienen que criar en soledad, con lo que saben, lo que son y lo que le enseñaron, para que después sean señaladas por transmitir machismo?

Es cierto, mujeres y hombres somos machistas. Pero ellos mucho más, porque ese nicho representa su espacio natural, donde obtienen los mayores beneficios y privilegios. No tienen incentivos para dejar de serlo, además, y cualquiera que se los cuestione pasa a ser la incómoda, la feminazi, la aguafiestas, la loca.

Por eso las mujeres nos tenemos que unir, para voltear esa balanza y salirnos del espacio de las culpables, para transmitir otros valores y al hacerlo, no seamos llamadas malas madres o revoltosas. Las consecuencias de salirse del molde son duras, reales y atemorizantes, por eso muchas mujeres son las principales defensoras del machismo, porque de algún modo ese sistema las protege, garantizándoles migajas de poder conferido por su “buen” comportamiento. Sin embargo, como decimos en el movimiento: “las feministas no cuestionamos las decisiones que toman las mujeres, sino las condiciones que las llevan a tomarlas”.

Conceptos al rescate

Si algo bueno ha tenido el movimiento feminista es el arsenal de investigación que ha devenido en un andamiaje teórico que viene a aclarar los fenómenos que emergen como producto de las relaciones de poder entre ambos sexos. Darles un nombre y explicar las complejas interacciones que se dan en estos intercambios ayuda a entender. Así que doy gracias a las académicas y teóricas que nos han precedido en su intento de dar toda la luz necesaria para transformar percepciones arraigadamente machistas.

Lo primero es saber que el patriarcado fue la base fundacional de nuestra historia, que depositó el mayor poder en manos de los hombres, así como el monopolio de la razón y el dominio de la palabra.

Luego, el control del dinero y los recursos, de la producción económica y las decisiones políticas. Y con ello, el sometimiento del “sexo débil” basado en sus funciones reproductoras, además del refuerzo en ellas de la sumisión, resignación y aceptación sin protesta, de ese estado de cosas.

Son casi siete mil años de aguantar, callar, creer que eso es lo que Dios dispuso, lo natural. Solo hace 300 años surge el movimiento feminista con las primeras mujeres que se preguntaron por qué esto tenía que ser así y por ello fueron llamadas brujas, quemadas, guillotinas, ahorcadas. Es lo que aún pasa hoy con las que nos rebelamos. Nos insultan y a algunas las matan. Si es difícil hoy, no quiero pensar lo que fue en los primeros años de insurgencia.

Es una cultura creada para que el centro de todo, el inicio y el fin, sea el hombre. Eso se llama androcentrismo, que resume en la figura masculina el locus de control del poder, del reconocimiento, del mérito y de la aprobación social. Ellos además se unieron y acordaron preservar los privilegios para sí mismos en una suerte de pacto misógino, que impedía (impide) a las mujeres entrar en los círculos y anillos de poder. Sólo entra la que ellos quieren porque cumple con las normas que ellos mismos fijaron: buena madre, esposa ejemplar, hija abnegada, mujer callada.

Parte de ese pacto de cooptación del poder, usualmente legitimado con el matrimonio, supone que las mujeres se dedican a criar y cuidar bajo los preceptos educativos que fortalecen y preservan el machismo como forma de vida. Las instituciones sociales lo refuerzan aún más: la iglesia, la escuela, el gobierno, el ejército, todas en manos de hombres dictando las reglas que aprueban para ellos, más beneficios y prebendas, mientras ellas asumen su “destino” con cuotas de sacrificio e invisibilidad. Gracias al movimiento feminista todo esto comenzó a cambiar.

Dejemos de buscar culpables asumiendo la responsabilidad que nos toca, identificando lo que hacemos o dejamos de hacer en el día a día para sostener esta obsoleta, por disfuncional, pero aún vigente forma de vivir. Hagamos un pacto para fundar una cultura más feminista y menos patriarcal, más orientada a la simetría y la horizontalidad, y menos a la jerarquía y al desnivel. Cambiemos la estructura que sostiene esta cultura.

¿Solidaria yo?

A una amiga la nombran líder de una organización en la que compartimos labores y a mí me da una suerte de opresión en el pecho. Me cuesta pronunciar palabras para felicitarla. Me doy cuenta de que yo quería esa posición para mí y aunque podría considerar justa su designación porque tiene méritos para ello, criticó internamente la decisión pensando que se apresuraron, que algún contacto tendría ella, que no se hizo con total objetividad, que fue pura suerte... Cóctel de envidia con celos, con resentimiento, con tristeza y una guindilla de rabia, todo en una sola copa.

¿Por qué me sucede esto? ¿Soy mala persona? ¿Es común esa forma de reaccionar entre las mujeres? ¿A los hombres también les pasa? Si es así ¿por qué tenemos nosotras la mala fama?

Tema recurrente en mis encuentros con mujeres: la falta de solidaridad entre nosotras. Casi todas lo hemos vivido, concientizado, y hasta aceptado. Nos lamentamos por ello (no hay charla donde esto no salga a flote) pero seguimos reproduciendo haceres que al final nos llevan a sentir mezquinas o egoístas o, en el mejor de los casos, agotadas por tanta competencia envuelta en el proceso.

Estoy convencida de que tenemos claros los argumentos racionales en contra de estas reacciones. A las mujeres nos iría mejor apoyándonos.

Desde que se habló de sororidad por primera vez, entendemos que la mejor estrategia a mano para derribar al patriarcado es hermanarnos, colectivizar las acciones, unirnos para hacerles frente. (Durante la denominada segunda ola del feminismo, de 1960 a 1980 en los Estados Unidos, se empleó la palabra *sisterhood* o *sorority* para definir estas relaciones entre iguales). Pero la verdadera fractura se vive en el plano emocional. Quizás por eso es tan difícil cambiar esta manera de accionar.

Mirar en nuestro cuerpo y piel adónde anida ese sentimiento maluco que emerge al mirar a la triunfadora, podría ser una manera de sincerarnos y expresar lo que nos pasa, para buscarle alguna solución. El tema es que hemos sido educadas para no manifestar abiertamente las emociones desagradables como la ira, la amargura o la rabia.

Los hombres, en cambio, sí expresan sus malestares y son alentados a rivalizar. Se aplaude su espíritu de competencia. Ellos también sienten celos, envidia y se critican porque humanos son, pero tienen permiso para decirlo o irse a los golpes. En nosotras se condena el enfrentamiento, no es de señoritas, dicen. Por eso las peleas son subterráneas y la confrontación ahogada, obligando a tragar grueso, a rumiar el descontento, a desear lo peor. Si pudiéramos plantar pleito de frente, no tendríamos esas sensaciones de ahogo, ni las venganzas fueran tan refinadas, estoy segura de ello.

¿Es más fácil ser solidarias cuando la amiga cae en desgracia que cuando tiene éxito?

Gracias al movimiento feminista, cada vez más las mujeres cerramos filas uniéndonos para protestar cuando una compañera es víctima de violencia. #MeToo fue una muestra de ello. Decimos que la sororidad no mira simpatías ni afectos. Si se trata de ayudar a una mujer en problemas y aunque una no sea la víctima directa, entendemos que lo que le pasa a ella nos afecta a todas. “Lo personal es político”, es un mantra que ha sido súper positivo para la causa. La conciencia de sabernos mujeres vulnerables, victimizadas y revictimizadas una y mil veces, nos hace sentir parte de un mismo cuerpo.

Pero, ¿qué pasa cuando es justo lo contrario? Cuando a ella le va super bien y brilla y obtiene reconocimientos ¿Cierro filas y la aúpo? “Bueno... depende”- me dice una amiga- “si es mi competencia, ni de broma. Si veo que está obteniendo éxito en algo que no me interesa, hasta flores le regalo”.

Recuerdo ver en las telenovelas al personaje de la mujer bella, poderosa, millonaria, segura de sí misma. Era una amenaza andante, era “la otra”. También así se le llama a la que te quita al marido, a la querida, al segundo frente: la otra. Mujeres peleando por su espacio en cuyo centro, inicio y fin, está él. Catfight, enemistad en puerta, amarguras intestinas que acarrearán la lucha por el ansiado reconocimiento en manos del poderoso macho que decide y sube el brazo de quien elige ganadora. Creo que hasta un reality show existe con esta dinámica.

Son muy pocos los espacios de poder reservados para nosotras. Tenemos muchos niveles que superar para poder ser aceptadas y reconocidas en el santo grial del club de los muchachos. Se nos dice que el triunfo de una no tiene por qué ser el fracaso de otra, pero la verdad es que no abundan oportunidades, sobre todo para las que no gozan de privilegios de vida, que vienen a ser la inmensa mayoría.

Por eso, cualquiera que se ponga en el camino, es un obstáculo por superar. Y hay que intentar vencer sonriendo para no ser criticadas. Guardarse los malos sentimientos para no ser castigadas. Apartar de la cabeza la idea de que algo malo debe haber en una misma, para no sufrir demasiado, pero con la culpa y la vergüenza al hombro. Y pa´lante.

¿En qué me puede ayudar ser más solidaria tanto en las buenas como en las malas?

Primero, mi cuerpo agradece menos cortisol, ese que fluye cuando estoy estresada. Mirar el éxito ajeno de la otra con ojos de amabilidad puede ayudarme a respirar mejor y a tener más energía. Algo así como intentar restarle importancia al hecho. Eso me puede mover de la tensión a la liviandad protegiendo así mi salud, pero ya esto es nivel maestría Zen.

Segundo, podría intentar entender el ejercicio del poder y de la competencia con otro sentido. Resignificar el valor patriarcal de la pelea y la lucha como misión de vida, por aquello de la supervivencia del más apto.

Pienso que siempre me entrené para estar lista para la batalla, soy muy competitiva y adopto valores típicamente masculinos en mi relación con las y los demás. Pero confío en que otra forma de ser y estar, pueda ser posible. Lo pienso y siento ahora a mis 60s.

Miro atrás y veo la cantidad de relaciones con amigas que ignoré o dañé, o las veces que me inhibí de participar de algo por temor a la crítica de ellas y por plantearme todo en términos de ganar o perder. Lamento el tiempo perdido en micro peleas, silencios tóxicos, malos deseos, cuerpos tensos.

Tercero, ser solidaria podría ser la expresión más coherente conmigo misma al ejercer como activista feminista, porque como dice Marcela Lagarde, la sororidad es un “pacto político entre cómplices que se proponen trabajar, crear y convencer, que se encuentran y reconocen en el feminismo, para vivir la vida con un sentido profundamente libertario”. Liberarnos de la presión de tener que ser como quieren que seamos para poder ser aceptadas. Estoy cada vez más convencida de que el feminismo llegó para rescatarnos.

Por último, y si nada de esto funciona, el expresarle a la otra mi malestar o miedo particular por lo que representa para mí su triunfo, reivindicaría mi derecho a expresar los buenos y los malos sentimientos.

Que no estoy obligada a apoyar a otra mujer si no quiero, pero hacerlo de frente. Aceptar que no por ello soy mala gente, simplemente humana.

Menos pastillas y más igualdad

A las mujeres se les recetan más ansiolíticos, antidepresivos y otros psicofármacos que a los hombres. Así lo corrobora el estudio “Consumo de hipnosedantes. Análisis histórico desde la perspectiva de género”, realizado por la Fundación Atenea y reseñado por Carmen Valls, endocrinóloga española que, analizando datos y descartando otras hipótesis, concluye que “esto se debe a la forma como son percibidas y pensadas las mujeres: el 85% de los psicofármacos se les recetan a ellas”.

Porque, además, otro dato interesante es que el dolor físico de las mujeres tiene muchas más posibilidades de ser diagnosticado como “emocional” o “psicosomático” y por ello se les despacha con una pastilla cuando consultan por alguna dolencia.

Desde la conocida visión estereotipada, ser mujer se vincula con el mundo de las emociones. Para muchos lo femenino reside en esa idea de que las mujeres somos débiles, sensibles, volubles, volátiles, lloronas, histéricas y más angustiadas que los hombres, y que además todo esto pasa porque somos una especie de rehenes de nuestras propias hormonas. Si esto ha sido parte de los “saberes” populares machistas desde siempre, después de la pandemia, se acentuó aún más.

No es biológico, es social

Estas explicaciones biologicistas amarradas a la identificación deformadora y esencialista del género dejan fuera los acuciantes factores sociales y culturales que pasan factura y sobrecargan mental y emocionalmente a muchas mujeres.

Según la OMS los factores de riesgo específicos de género para los trastornos mentales ligados a la ansiedad y la depresión son las desventajas socioeconómicas, los bajos ingresos, la desigualdad en las remuneraciones, las responsabilidades de cuidado continuo y la violencia de género.

Está bien documentado que las mujeres enfrentan un mayor riesgo de inseguridad económica debido a las brechas salariales, la doble jornada laboral y el tipo de trabajo precario (OIT y OCDE, “Mujeres en el Trabajo 2020”).

El cóctel combinado de trabajo remunerado y no remunerado con el que tienen que lidiar las mujeres por la atribución sexista de las responsabilidades de producción y reproducción social compromete seriamente su capacidad para lidiar con el estrés.

La pandemia lo agravó todo. Durante la crisis del COVID-19, los sectores que se han visto severamente afectados están ocupados mayoritariamente por mujeres, y muchas perdieron sus trabajos o han tenido que lidiar con varios frentes a la vez, sin infraestructura social que les dé soporte como madres o como jefas de hogar monoparental.

En la era post COVID-19, la Organización Mundial de la Salud (OMS) alertó sobre el incremento de trastornos mentales como depresión, ansiedad y fatiga crónica con quejas somáticas. Un reporte de 2022 indica que la prevalencia mundial de la ansiedad y la depresión aumentó un 25%. Uno de los principales factores de riesgo de sufrirlas es ser mujer.

Las afectaciones mentales y emocionales en las mujeres son un claro indicador de desigualdad.

Muchas están cansadas de tener que poder con todo, hartas de ser consideradas ciudadanas de segunda, temerosas de perder sus trabajos, exhaustas del teletrabajo y el homeschooling, abrumadas con los estándares de rendimiento, belleza y perfección que se les exigen, frustradas por tener que elegir entre hijos o trabajo, indignadas por los hechos de violencia física y psicológica cometidos contra ellas con total impunidad y tristes por lo poco que se les cree. Todo esto y más impacta profundamente en la psique de cualquier ser humano, por más resiliente y fuerte que se considere.

Garantizar medidas efectivas de prevención y atención a la salud, especialmente la salud mental, durante todo este periodo que dure la pandemia y su recuperación debe ser una prioridad. Además, para que las alarmantes cifras sobre salud mental en las mujeres disminuyan, deben reforzarse las medidas de conciliación y corresponsabilidad laboral familiar, así como el apoyo económico y social a las trabajadoras.

Dejar de considerar a las mujeres como locas y de medicarlas para que se tranquilicen pasa por entender de forma sistémica los procesos de salud biopsicosocial y por cambiar la forma como tradicionalmente son miradas las mujeres, sin que se incurra en los típicos sesgos patologizantes ni en distorsiones patriarcales atribuidas a su sexo.

Seguimos siendo violentadas

Otro 25 de noviembre. Otro día para rogar que sea eliminado todo tipo de violencia contra las mujeres en todo el mundo, pero cuando vemos las cifras y las noticias que reflejan las múltiples situaciones de maltrato sostenido contra las mujeres, perdemos la fe en el cambio. Seguimos siendo víctimas y sobrevivientes de violencia sexista y machista sin que el Estado haga nada, sin que se declare un estado de emergencia, sin que a nadie parezca importarle.

Que se haga tan poco para acabar con el acoso callejero, el asedio, el hostigamiento, la violencia machista y el feminicidio, no es casual. El mensaje es claro: si sales de tu espacio “natural” doméstico y privado y quieres ocupar el rol tradicionalmente reservado a los hombres -la calle-, atente a las consecuencias.

Conozco a muchas mujeres que supuestamente deciden no optar por hacer vida pública. En realidad, no es una decisión libre: las agresiones que reciben, acompañadas de una enorme sensación de indefensión y culpa y la presión social para que no se salgan de su papel, truncan cualquier aspiración personal legítima.

Estoy segura de que un hombre ni se imagina el temor que representa para una mujer transitar el espacio público. Obviamente la inseguridad no nos afecta nada más a nosotras, pero hay un impacto diferenciado por sexo que no podemos soslayar: siendo mujer hay el doble de probabilidades de que se abuse de ti. Es como siempre vivir en una casa ajena donde te hacen sentir amenazada cada vez que te mueves de tu zona segura. No exageramos, es real. Si no lo ves es porque tienes privilegios que te ahorran pasar por todo esto o porque, sabiéndolo, volteas la cara para no tener que ocuparte del tema

Testimonios

Me incomoda que los hombres, específicamente mis amigos, creen que no puedo beber con ellos en la calle... Me siento casi permanentemente cosificada, acosada en los espacios públicos por los hombres, independientemente de la ropa que use o los espacios que recorra... Siento que no puedo ocupar el espacio público sin ser acosada. Han llegado a perseguirme, amenazarme, gritarme, pegarme nalgadas, lanzarme carros... No salgo a caminar ni correr porque me siento insegura... Me siento vulnerada cuando dicen que salgo sola para ir a buscar hombres... Me molesta que digan que se ve feo si una mujer fuma en la calle.

Esto es lo que escuchamos en nuestras reuniones de mujeres. Da dolor reconocerlo porque cuando tienes que restringir tus libertades, imponerte un toque de queda particular de horarios y lugares para evitar el “peligro”, tomar cursos de autodefensa, reportarte cada dos por tres con amigas o vecinas para que sepan que estás bien, evitar vestirte de tal o cual forma, callarte lo que piensas y dejar de hacer lo que te place en la calle para proteger tu reputación, sólo por el hecho de ser mujer, es la condena de vivir en una dictadura patriarcal.

Es importante además que se entienda esta situación como parte de un entramado social montado para que muchas dejen de aspirar e intentar, aun cuando los mensajes de los grandes medios inviten a la realización personal sin límites, dibujando un camino de rosas que lo hace al mismo tiempo más frustrante.

¿Tendremos un futuro diferente?

En mi época, muy pocas nos atrevimos y logramos alcanzar cierto poder público, no por ser mejores, sino porque contamos con apoyos y privilegios que nos ayudaron a ver la discriminación a la cara y aun con esfuerzo logramos pararnos sobre nuestros propios pies. Esas ventajas no las tienen todas a disposición, lamentablemente. Pero deberíamos labrar un camino que no suponga tantos sacrificios para alcanzar nuestras metas o simplemente estar y vivir sin miedo a ser violentadas.

A las nuevas generaciones, mujeres y hombres juntos, les toca hacer un pacto por la convivencia para erradicar el acoso y abolir los estereotipos; un acuerdo para que no sea una rareza la presencia de mujeres en la calle haciendo lo que quieren, de forma que ningún hombre se sienta amenazado por la presencia de más mujeres en los espacios de poder y para que ninguna mujer sienta que peca, incumple normas u ofende a alguien, por hacer lo que le dé la gana con su cuerpo y con su vida en cualquier plano que se lo plantee.

El movimiento feminista busca generar espacios donde estos testimonios de discriminación puedan señalarse, visibilizarse y exponerse colectivamente y no vivirse como una especie de falla personal, mala suerte o marca de mujer defectuosa.

Es terapéutico expresarlos desde el hastío y el cansancio, siempre conectadas con la ambición del cambio posible, como parte de un paso importantísimo para que nuestro entorno cambie.

SHEconomy: un Nobel lleno de esperanza

Las feministas estamos, como se dice por ahí “brincando en una pata”, con este nuevo premio Nobel de Economía, otorgado a la Dra. Claudia Goldin, habida cuenta que, hasta la fecha, notables estudiosos economistas del país nos tenían (espero poder usar el verbo en tiempo pasado) como charlatanas, victimistas o exageradas, cuando hablábamos de brecha salarial, techo de cristal o alertábamos sobre las consecuencias nefastas de los sesgos y estereotipos presentes en el trabajo.

Descartando algunos tuits (comentarios X) que buscan menospreciar el premio diciendo que este es un “fake Nobel” (Banco de Suecia en Ciencias Económicas en Memoria de Alfred Nobel 2022) o que a lo mejor responde a una tendencia woke sueca cumpliendo alguna cuota de representación de género, la verdad es que la noticia fue un verdadero batacazo. No sólo porque en 55 años de existencia de este galardón, de 93 personas premiadas, solo a 3 mujeres se les ha dado incluyendo a la Dra. Goldin, sino porque además se lo gana justamente por su investigación para demostrar la inequidad, desigualdad y discriminación que sufrimos las mujeres en el ámbito laboral

Claudia Goldin (Nueva York, 1946) es Licenciada en Economía de la Universidad de Cornell, Doctora de la Universidad de Chicago y Profesora de Economía en la Universidad de Harvard. Autora de “Comprendiendo la brecha de género. Historia Económica de las Mujeres en Estados Unidos”, un libro decisivamente esclarecedor sobre la discriminación salarial de las mujeres. Fue la primera mujer en lograr un puesto fijo en los departamentos de Economía de Harvard y de Pensilvania.



Claudia Goldin

A la Dra Goldin la hemos citado en nuestras presentaciones, escritos y argumentos para sustentar los reclamos hechos durante estos años a diversos actores con inherencia en la materia. Por ello, vale la pena aprovechar la noticia de su reconocimiento, para destacar sus más importantes aportes en cuanto a la evolución de la participación femenina en el trabajo y sus consecuencias en el desarrollo socioeconómico.

¿Por qué se lo ganó?

El premio se le concede a la Dra. Goldin específicamente “por haber avanzado en nuestra comprensión de los resultados de las mujeres en el mercado laboral”, dijo la Academia del Nobel al momento de su anuncio. Ella analizó datos de más de 200 años en los Estados Unidos “lo que le ha permitido demostrar cómo y por qué las diferencias de género en los ingresos y las tasas de empleo han cambiado con el tiempo”.

En el fallo de la premiación además dicen: “Pese a la modernización, el crecimiento económico y el aumento de la proporción de mujeres empleadas en el siglo XX, durante un largo período de tiempo la brecha salarial entre mujeres y hombres apenas se cerró... Ella ha proporcionado el primer relato completo de los ingresos de las mujeres y la participación en el mercado laboral a lo largo de los siglos”.

Hizo hincapié en el impacto que el trabajo de cuidados no pagado tiene en la carrera de las mujeres, así como en el enorme beneficio que la pastilla anticonceptiva generó en la inserción laboral femenina.

Las mujeres comenzaron a pensar que tenían opciones y se plantearon la posibilidad de estudiar y hacer carrera, al darse cuenta de que casarse y parir era solo una opción: “A más accesibilidad de la píldora, los primeros matrimonios se producían a una edad más alta y las mujeres accedían en mayor medida a estudios superiores”, encontró Goldin.

Según la Dra. Goldin, las decisiones educativas que impactan la vida profesional se toman a una edad relativamente joven: «Si las expectativas de las mujeres jóvenes están formadas por las experiencias de generaciones anteriores (por ejemplo, sus madres, que no volvieron a trabajar hasta que sus hijos crecieron), entonces el desarrollo será lento».

Si deseas profundizar en sus estudios y aportes te recomiendo leer en La curva en U: más allá de la brecha de género el patrón que logra reflejar las transformaciones socioeconómicas que han modelado los cambios en la educación, normativas y perspectivas culturales, revelando que la economía no está aislada de las normas y expectativas sociales.

Confiadas y esperanzadas

Nuestra alegría se afianza en la esperanza de que de ahora en adelante verdaderamente importe lo que nos pasa a las mujeres en el trabajo y con los hallazgos de Goldin transitemos a una economía más equitativa. Comprender las raíces de las desigualdades es el primer paso para formular políticas empresariales y gubernamentales que corrijan disparidades.

Necesitamos con urgencia un cambio en la cultura del trabajo. Que las empresas no vivan de espaldas a las necesidades de los cuidados, a las realidades y derechos de sus trabajadoras de tener y ejercer una vida personal que no se convierta en obstáculo para sus aspiraciones profesionales.

Mientras, ¡celebremos todas las mujeres del mundo este bien merecido galardón! Porque sin duda alguna el Nobel de Goldin contribuirá a poner en el centro a las mujeres de una vez por todas.

El control masculino de las finanzas

El muy conocido modelo familiar de hombre proveedor y mujer ama de casa trajo aparejado el control masculino de las finanzas familiares. Desde que las mujeres también salieron a trabajar de forma remunerada a mediados del siglo pasado y comenzaron a percibir ingresos, los arreglos familiares en torno al dinero adoptaron distintas formas, algunas más igualitarias que otras, pero persistió la idea de que las decisiones monetarias son un asunto masculino.

El dinero se considera como algo relacionado con la razón y el poder, y por ello, dentro de la lógica de los sesgos y estereotipos de género, su manejo corresponde a los hombres. Por esto, ellas delegan la gestión económica, incluso cuando generan más ingresos, para ellos ejercer el control, revitalizando así el mandato machista.

Las mujeres hemos estado criadas para la dependencia del varón. Por tal motivo, para ser autónomas tenemos que modificar los modelos internalizados de dependencia que todas tenemos incorporados. A pesar de los avances feministas en la materia, el modelo patriarcal, que se caracteriza por ser jerárquico, autoritario y discriminatorio, es ejercido aún por muchos hombres y también por algunas mujeres cuando acceden al dinero y al poder.

La verdadera autonomía financiera tiene que ver con sentir que es legítimo tomar decisiones en torno al dinero y asumir las consecuencias de esas decisiones con pleno derecho. El caso es que muchas mujeres aun teniendo su propio dinero, siguen dando justificaciones por las decisiones que toman al usarlo.

En este momento, millones de mujeres son proveedoras económicas tanto en países desarrollados como subdesarrollados, como producto de su esfuerzo laboral y sus emprendimientos.

Pero a pesar de generar dinero, en su mayoría viven en la pobreza, la desigualdad, la discriminación y la violencia. La independencia económica que muchas de ellas poseen no siempre se traduce en una real autonomía y esto ocurre sin importar la clase social a la que pertenezcan.

Investigación de respaldo

Estas premisas han sido corroboradas suficientemente en el estudio realizado con 349 mujeres de Iberoamérica “**Empoderamiento Económico de las Mujeres y su Inclusión Financiera**” por Collazo, Andrea y Seara, Marita (Visionarias); Jiménez, Raquel (Igualdad y Diversidad); Marcano, Vanessa (MOMs Data) y Méndez, Roser (Komorebi Solutions), llevado adelante en 2023, con aliadas estratégicas, como Promujer, Fundación de Microfinanzas del BBVA, Innovatia 8.3, Teresa Baró y FeminismoINC.

Sus hallazgos desarticulan muchas fantasías sobre la supuesta equidad económica que le atribuimos a las mujeres emprendedoras, ejecutivas y empresarias.

Dos aspectos de este estudio me llamaron la atención. Uno, mantener el dinero guardado en casa como una forma de ahorro es una opción que reveló emplear el 30% de las encuestadas. Desde la visión feminista, la necesidad de apartar y esconder el dinero ocurre en muchas sociedades porque sienten que el dinero no les pertenece, aun cuando sean ellas las que lo generen.

En palabras de la antropóloga cultural mexicana Marcela Lagarde “lo guardan en la búsqueda de su disponibilidad como paso a la autonomía y la libertad inconscientemente vividas como experiencias transgresoras”.

Dos, en las respuestas cualitativas, me conmovió particularmente esta: “A mí me quedan a los 56 unos 20 a 25 años de vida o más, de acuerdo a mi genética y salud actual.

¿Hasta cuándo debo trabajar? ¿Será que tendré cabida en el mundo corporativo con el edadismo? No quiero depender”. Es un testimonio formulado desde la impotencia, la frustración, el miedo. El desconocimiento del uso y comprensión de las herramientas existentes en el mercado o el hecho de que el Estado o las empresas financieras no hayan pensado en las necesidades de este “segmento” que compone la mitad de la población, genera en muchas mujeres esta sensación de vulnerabilidad y desamparo.

Las mujeres administramos la caja chica

Como dice Clara Coria en su libro “*El sexo oculto del dinero*”, no es lo mismo tener plena autoridad sobre la distribución de “la caja chica”, que corresponde al dinero de uso cotidiano para los gastos menores de la casa, que disponer de “la caja grande”, que supone tomar decisiones sobre bienes o inversiones importantes.

No es lo mismo ser la titular de una tarjeta de crédito, por ejemplo, que utilizar una extensión de la de la pareja.

Son los “poderes menores” los que asumimos y detentamos nosotras. Lejos de empoderarnos, el manejo del dinero para las compras cotidianas pasa a ser un trabajo doméstico rutinario más.

Coria sostiene que las mujeres debemos abandonar el paradigma del poder oculto y luchar por ocupar espacios del poder público, para salir de la trampa que nos coloca al servicio del patriarcado y que se refleja en el manejo de las finanzas.

No queremos depender

Las mujeres estamos cada vez más conscientes de nuestras falencias y brechas en el desempeño de nuestra economía personal. Favorablemente, la teoría feminista ha venido a rescatarnos arrojando luz en esta materia.

Por eso decimos hoy que sabemos que la mayoría de nosotras hemos alcanzado independencia económica, pero queremos más autonomía financiera.

Creo que es fundamental pensar y hablar sobre las condiciones que el modelo tradicional de poder nos pone a jugar en torno al dinero, para encontrar como sociedad formas más solidarias y saludables de coexistencia en cuanto a la gerencia de los ingresos y la toma de decisiones financieras.

Es necesario que los hombres y las empresas del sector estén dispuestos a modificar el monopolio de recursos que han sostenido hasta el momento y apostar por la eliminación de este modelo generador de inequidad, control y violencia hacia las mujeres.

Las mujeres no queremos depender más, queremos igualdad.

8 de marzo sin presas políticas

Todas las personas que son apresadas por su actividad política nos duelen. Que se encarcele gente por pensar, disentir, opinar o expresarse, es un atentado a uno de los derechos que mejor se asocia al significado pleno de la humanidad. Veo con pesar como en la actualidad, según el Country Reports on Human Rights Practice “hay más de un millón de presos políticos encarcelados en más de 65 países”.

Gente experta en la materia prefiere llamarles “presos de conciencia”, para enfatizar el hecho de que, si bien no han quebrantado ninguna norma o ley legítima y razonable, se les priva de libertad por la incomodidad que simbolizan para regímenes autoritarios.

Cada vez se amplía más el espectro de quienes representan amenazas para los gobiernos: es habitual que, aparte de líderes políticos, sean apresados periodistas, estudiantes, defensores y defensoras de derechos humanos, militantes sindicales o simples personas que intentan ejercer la ciudadanía, expresan públicamente sus desacuerdos o participan de protestas públicas.

Las consecuencias del encierro las vive la persona indiciada que tiene que soportar condiciones muy duras de aislamiento y desconexión de su vida normal, pero también se ve afectada toda la comunidad, por el efecto ejemplarizante que persiguen estas acciones para controlar y doblegar a la gente. Nadie sale ileso de un problema como éste.

Pero hoy quiero hablar de las presas en general y políticas en particular, que a mí me duelen de una manera especial, básicamente porque a una fuente de discriminación conocida -ser mujer- a las que ya se unían seguramente otras -nivel social, color de piel, edad, aspecto físico...- se le suman las derivadas de la persecución, tortura y humillación a las que son sometidas antes, durante y después de la experiencia carcelaria.

Además, estamos en las conmemoraciones típicas de cada 8 de marzo, día de las mujeres y sus derechos. Bien vale la fecha para abogar por las que lo están llevando peor.

Impacto diferenciado

Las mujeres se enfrentan a riesgos adicionales y específicos cuando son ellas las que ejercen derechos políticos y como consecuencia de ello resultan apesadas.

El tipo de violencia que reciben tiene marcas características vinculadas a su condición de mujer: el tipo de abusos físicos y verbales por parte de custodios u otras presas se agudizan en torno a su cuerpo, se dificulta su acceso a productos de salud menstrual; si está embarazada podría exponerse gravemente a riesgo su salud y la del feto, en ocasiones las agresiones sexuales que recibe conducen a embarazos no deseados o contacto con enfermedades de transmisión sexual, abortos inducidos o espontáneos, sufren violencia obstétrica al momento de un parto, no es extraño que sean separadas de sus criaturas, se dificulta el amamantamiento...

Si ya son madres al momento de su detención, su rol tradicional de cuidadoras y la situación frecuente de hacer su trabajo de crianza sin apoyo masculino, expone a su familia a riesgos y costos más graves, con la consecuente angustia emocional al tener que enfrentar su detención con esa carga adicional, la mayoría de las veces sin la atención mediática de quienes cuentan con bufetes de abogados y otros recursos.

Si hablamos de mujeres que tienen un familiar en prisión, por los estereotipados roles de género, deben lidiar con el cuidado de la familia y el hogar en ausencia del preso político, asumir en ocasiones el rol de proveedoras si la persona apesada traía ingresos al hogar, al mismo tiempo que se enfrenta la empinada cuesta de penurias derivadas del apoyo al encarcelado, las difíciles gestiones para intentar visitarlo, alimentarlo, procurarle medicamentos, defenderlo jurídicamente, muchas veces bajo la presión social y judicial sobre sí misma, con una gran carga de indefensión, precariedad económica y el conjunto de estigmas y presiones sociales vinculados a esta vivencia.

La Comisión para la Eliminación de la Violencia contra la Mujer (CEDAW) y la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) establecen medidas dirigidas a proteger a mujeres en situación de privación de libertad e instan a las autoridades a respetar esos derechos y no hacer nada que agrave aún más su situación, sobre todo para quienes están detenidas por motivos políticos. Muchas organizaciones, sobre todo las no gubernamentales, tienen como misión trabajar por restablecer estos derechos y hacer que las instituciones responsables recuperen sus capacidades para reconocerlos y defenderlos, porque en la práctica no se cumplen.

El patriarcado es también una cárcel.

Una sociedad patriarcal se sustenta y cobra fuerza en antivalores como la opresión, la apropiación inmerecida de los recursos, el autoritarismo, la interacción violenta, la búsqueda del poder sin propósito de bien común y sin importar sus costos, el control maquiavélico al servicio de intereses espurios, la dominación, las jerarquías sociales a partir de estos poderes y dominios, la reducción social y hasta la eliminación de quiénes se opongan a sus estructuras y reglas. Es propio de un sistema machista, discriminatorio, centrado en el castigo, generador de una cultura de la desconfianza, el uso de la fuerza como herramienta de gestión, especialmente contra las mujeres.

Es una cultura que hemos aprendido y en la que hemos sido educadas todas las personas, mujeres y hombres, basada en ideas construidas desde el pensamiento único, articuladas para imponer una sola verdad, alineada a los intereses del poderoso como forma usual de respuesta que pretende circunscribir a lo más privado cualquier divergencia desde la inevitable diversidad de la gente y sus relaciones.

Las cárceles y los centros en los que se practican torturas son inventos profundamente masculinos, así como el ejercicio violento del poder y las guerras, en las que las niñas y mujeres formamos parte del botín para los triunfadores y, por lo tanto, siempre seremos perdedoras desde ellas, no importa la crisis de que se trate.

Este modelo está colapsando nuestra civilización, sólo trae angustia y sufrimiento para la mayoría de la población, fuera del círculo de quienes viven de los privilegios que otorga el poder, a veces ni siquiera para ellas dentro de esos círculos. Por eso valoro también los esfuerzos que muchas mujeres están haciendo al participar de los mecanismos de construcción de paz que hacen el debido contrapeso a esa mirada patriarcal.

Mujeres libres

Nosotras queremos construir una sociedad mucho más democrática y feminista, donde pensar no sea un crimen y ejercer nuestros derechos políticos esenciales no implique un sacrificio heroico. Queremos derribar el andamiaje patriarcal que nos tiene presas a todas, echar abajo los barrotes de la misoginia y erradicar el castigo a la disidencia como mecanismo de opresión a las mujeres.

Queremos vivir en una sociedad basada en valores que superen el patriarcado con más cooperación, más simetría, más aprovechamiento de la diversidad y la innovación, respeto a las diferencias, libertad de expresión, estímulos a la socialización pacífica y la creatividad, con la participación plena de mujeres y hombres en igualdad de condiciones para la toma conjunta de las decisiones que más impactan la vida pública en todos sus ámbitos.

Las presas políticas simbolizan uno de los peores castigos que pueden recibirse por hacer justamente lo que la gesta feminista quiere garantizar a todas: usar la palabra y la libre expresión de pensamiento como fuente de poder. A ellas las reprimen por hacer uso público y político de ese derecho.

De las muchas conquistas pendientes, este 8 marzo 2024, no olvidemos a aquellas que en este momento, dentro y fuera de la cárcel, están siendo víctimas de injusto trato y violencia, impedidas de hacer vida normal por pensar por cuenta propia y tener conciencia crítica. No aceptemos acostumbrarnos a que esto siga pasando. ¡Libertad para todas las presas políticas en el mundo!

Economía de la flacura y brecha salarial por obesidad en las mujeres

La expresión «economía de la delgadez» se utiliza para describir cómo la cultura puede influir en la percepción y valor asignado a la esbeltez física, especialmente en el contexto de la imagen corporal. Tradicionalmente, las empresas publicitarias y la industria de la moda han promovido estándares de belleza que favorecen la flaqueza extrema. Las modelos y celebridades delgadas a menudo son presentadas como ideales de belleza, lo que sin duda alguna influye en las percepciones de las personas sobre su propio cuerpo.

Esta economía también abarca la forma como la industria de la dieta y el “fitness” promueven productos y servicios destinados a ayudar a las personas a alcanzar un cuerpo delgado. Las dietas de moda, los suplementos para bajar de peso y los programas de ejercicios intensivos a menudo se comercializan con la promesa de lograr un cuerpo delgado en poco tiempo. El negocio de la belleza se beneficia enormemente de esta asociación entre éxito y corporalidad. Solo en 2022, la industria de las dietas en Estados Unidos (weight loss industry) generó alrededor de 250 mil millones de dólares en ganancias.

Esta tendencia ha tenido mucho éxito porque socialmente se estigmatiza a las personas con sobrepeso, lo que trae repercusiones en términos de sus oportunidades de trabajo, relaciones sociales y autoestima, y esto les empuja a bajar de peso a toda costa como una forma de evitar la discriminación y alcanzar el éxito.

Ya sabemos que la presión social para cumplir con los estándares de la delgadez puede tener un impacto significativo en la salud mental de las personas. Está bien documentado que la búsqueda obsesiva de la flacura puede conducir a trastornos alimentarios, como la anorexia nerviosa y la bulimia, con probadas consecuencias graves para la salud física y emocional.

Lo que es novedoso es constatar cómo tener sobrepeso se correlaciona negativamente con las decisiones que se toman en torno al salario, así como con las oportunidades laborales y de carrera, muy especialmente para las mujeres.

Ganar menos por pesar más.

La «brecha salarial por obesidad» se refiere a la disparidad de ingresos que puede existir entre individuos que tienen sobrepeso en comparación con aquellos que tienen un peso considerado «normal» o «saludable». Aunque la brecha salarial por obesidad no es un concepto tan discutido como la brecha salarial de género, algunas investigaciones sugieren que puede haber correlaciones entre el peso corporal y los ingresos laborales.

¿Por qué ocurre esto? Las personas con sobrepeso u obesidad pueden enfrentar discriminación en el lugar de trabajo, lo que podría afectar negativamente sus oportunidades de empleo, capacitación, desarrollo, ascenso y salario. Existe un estigma social en torno a esta condición asociado con falta de autocontrol, pereza o indisciplina, lo que podría influir en las decisiones de empleo y promoción.

Algunos estudios sugieren que la brecha salarial por obesidad puede variar según el sector laboral y el tipo de trabajo. Ciertos trabajos pueden estar más influenciados por la apariencia física, lo que podría afectar los ingresos de manera más significativa. Por otro lado, las personas con obesidad a veces enfrentan costos de atención médica más altos, lo que podría afectar indirectamente su capacidad para ahorrar o invertir, en comparación con sus colegas con un índice de masa corporal considerado «normal».

Otras investigaciones sugieren que el sobrepeso y la obesidad pueden afectar la productividad laboral debido a problemas de salud. Esto podría influir en la percepción y evaluación de su desempeño.

La relación entre la obesidad y la brecha salarial puede afectar tanto a hombres como a mujeres, aunque la magnitud y las dinámicas específicas pueden variar. Algunas investigaciones sugieren que las mujeres, en algunos casos, pueden experimentar una brecha salarial más pronunciada relacionada con el peso en comparación con los hombres. Las mujeres ya enfrentan discriminación laboral debido al sexo, por lo que además podrían ser más susceptibles a la discriminación relacionada con el peso.

Y esto ocurre porque la presión de la industria de la moda y la imagen puede ser particularmente fuerte para las mujeres en relación con su apariencia física. Los estereotipos de belleza y las expectativas culturales a menudo son más rigurosos para ellas, lo que puede llevar a una mayor discriminación basada en el peso en el lugar de trabajo. La representación estereotipada de la belleza femenina en los medios de comunicación y la publicidad, sin duda influye en las percepciones y expectativas en el lugar de trabajo.

A las flacas como que les va mejor

En un reciente artículo publicado en *The Economist*, titulado “La economía de la delgadez”, las mujeres con sobrepeso suelen recibir salarios menores en comparación con sus contrapartes más delgadas realizando el mismo trabajo, pero esto no ocurre entre los hombres gordos y delgados. La diferencia salarial puede llegar a ser de alrededor del 10% de sus ingresos: “Esta estimación es tan brutal que una mujer podría llegar a considerar casi tan valioso perder peso como adquirir educación adicional”, señala el artículo.

Otro estudio del 2011 encontró que la disparidad salarial por peso es exclusiva de las mujeres. Más de la mitad de los directores ejecutivos masculinos tienen sobrepeso, mientras que solo el 5 % de las directoras ejecutivas femeninas lo tienen. En el caso de ellos, el tema físico parece no impactar las decisiones cuando son considerados para posiciones de liderazgo. Otro estudio del *Journal of Applied Psychology* señala que las mujeres con 10 kilos menos que la media tienen un salario de 15.572 dólares (unos 10.800 euros) más cada año.

Por el lado contrario, los hombres que pesan 10 kilos más ganan 8.437 dólares más (unos 5.900 euros). En ellos, la apariencia no cuenta para decisiones de incremento salarial.

Jennifer Shinall, profesora de leyes en el Vanderbilt Law School, encontró que, si una mujer tiene sobrepeso, es menos probable que los empleadores la seleccionen para ocupar un puesto con salarios más altos que impliquen interactuar con el público. Las mujeres con sobrepeso tienen más probabilidades de ganar menos dinero que las personas con peso “normal” y, lo que es revelador, las mujeres de mayor peso ganan incluso menos que los hombres con sobrepeso o incluso obesidad.

La discriminación continúa

Pareciera que la creencia de que el éxito económico está relacionado con la delgadez es real, lo cual es muy desalentador, porque aun cuando desde el feminismo se ha alertado sobre la exigencia de estándares absurdos de belleza a las mujeres para poder sobresalir en el ámbito laboral, la narrativa de la movilidad social y financiera a través de la apariencia sigue intacta en las nuevas generaciones. Los méritos, capacidades, destrezas y competencias pasan a un segundo plano al ser juzgadas en base a este ideal de delgadez, porque existe el prejuicio de que las más obesas son menos competentes, productivas, trabajadoras o exitosas.

En respuesta a los estándares poco realistas de esta tiranía de la delgadez, han surgido movimientos de aceptación corporal que buscan promover la diversidad y la aceptación de todos los tipos de cuerpos, pero los sesgos cognitivos relacionados con esta problemática siguen intactos.

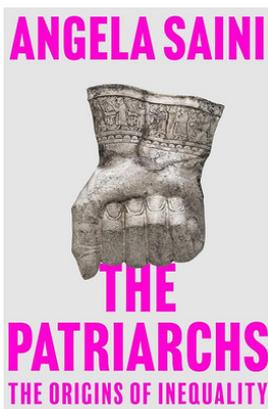
Es importante reconocer los impactos negativos de la «economía de la delgadez» y trabajar hacia la promoción de estándares de belleza más saludables. Tener conciencia sobre estas cuestiones es crucial para abogar por un entorno laboral más equitativo, promoviendo la igualdad de oportunidades y luchando contra la discriminación basada en el peso, sobre todo la que se aplica a las mujeres.

Libros feministas 2023: leer para luchar

Mientras más nos formemos en teoría feminista y practiquemos el hábito de la lectura, en mejor capacidad estaremos para realizar activismo de calle con fundamento y solidez. Que nadie se ofenda porque insista en la importancia de formarse y leer para aprender de las teóricas feministas, de las clásicas y de las modernas.

Como en años anteriores me voy a aventurar a comentar y recomendar diez libros que leí durante este año y que me impactaron por su visión novedosa, sistémica y política en torno al hecho de ser mujeres. Unas arrojan más luces sobre la raíz causal de todas las discriminaciones que se ejercen sobre nosotras, otras muestran testimonios duros sobre sus vidas y cómo la vivieron. Unos más teóricos y técnicos, otros más anecdóticos y vivenciales. Pero todos aleccionadores.

Ojalá estas lecturas se puedan hacer de forma colectiva para discutir las, compartirlas y activar conversaciones más allá de los claustros academicistas. También podría ser un buen propósito escribir más de lo que acostumbramos, y unirnos a esta pléyade de autoras, porque al divulgar saberes, pensares y sentires, transformamos culturalmente nuestros entornos. Aquí van mis recomendadas del 2023



Los Patriarcas - Angela Saini

Este libro analiza el origen del patriarcado como el sistema social, político y cultural que conocemos y que se ceba en la discriminación sexista de los hombres sobre las mujeres. Esta historia se remonta a la antigua Grecia, pero siguió intacta a través de las escuelas filosóficas y de la “civilizada ilustración”, hasta hoy. Su autora se preguntó si hubo alguna vez sociedades matriarcales que fracasaron y se dedicó a estudiar a mujeres poderosas en la historia, guerreras, cazadoras, gobernantes, a quienes siempre vemos como excepciones.

“Una de las cosas que quería hacer con este libro era preguntarme si es posible que la regla fuera diferente y que las reglas que tenemos ahora las hayamos creado con el tiempo, y que estas mujeres encajen muy bien en la forma en que solían funcionar las sociedades en el pasado. Espero que en el proceso de ver la historia de esa manera también desnaturalicemos el patriarcado. Que no caigamos en esta suposición, en la que incluso las feministas caen, en que de alguna manera cuando tengamos igualdad de género será algo nuevo”.

Saini concluye con la idea de que no hay un solo patriarcado. Hay muchos patriarcados diferentes según las culturas y que la dominación masculina adopta formas muy diferentes según el lugar del mundo en el que te encuentres. Por eso nos invita a las feministas a estar en guardia y unidas.

La rivalidad femenina y cómo acabar con ella - Elizabeth Cadobe y Anne de Montarlot

Ambas autoras abordan el espinoso tema de la insolidaridad femenina producto de los esquemas de crianza que sobre nosotras se ejercen. Me gustó el enfoque sistémico que explica por qué a las mujeres no se nos permite rivalizar mientras que en los hombres la expresión de la ira y la competencia son alentadas. Más allá de entender que la sororidad nos conviene porque es una herramienta de emancipación, la idea de romper socialmente con esos estereotipos para que no nos juzguen con mirada misógina a las mujeres competitivas, me pareció liberador. Ser como somos sin tener que fingir una solidaridad no sentida: Nos ayuda a entender las raíces históricas, psicológicas y biológicas de la rivalidad femenina y nos da las claves para que nos apropiemos de ella tanto en un entorno personal como profesional con el fin de alcanzar la verdadera sororidad”.



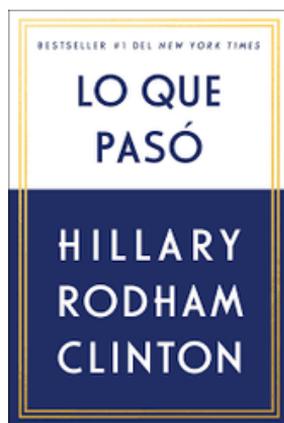
La civilización feminista - Amelia Valcárcel

A Amelia la leemos todos los años y con frecuencia por ser nuestra maestra viva de mayor peso y desarrollo intelectual en el feminismo radical. En este libro ella define al feminismo como “una corriente con entidad civilizatoria, esto es, un conjunto de ideas y valores capaces de definir un nuevo sistema de relaciones de poder, de organización social y de los roles que rigen la cultura, las mentalidades y el comportamiento de los sexos”. Hace una síntesis de las etapas del movimiento, sus principales obras y conceptos centrales. Al mismo tiempo, enumera las tareas pendientes en el futuro inmediato, junto al reto de globalizar sus principios para mantener un compromiso de lucha democrática y moral, frente a las tendencias reaccionarias que surgen a su paso.

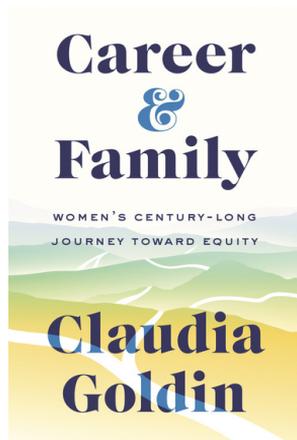


Lo que pasó - Hillary Clinton

Relata su experiencia como candidata del Partido Demócrata de los EEUU en las elecciones del 2016 a la Presidencia. Conocer de primera mano las historias que vive una mujer al hacer carrera política, siempre es un plus y más si se trata de la primera mujer en la historia de ese país en estar tan cerca de ser la primera presidenta. Fue una campaña muy ruda y hostil por la presencia del misógino Trump como contendor y donde se jugaron muchas emociones al ponerse en jaque valores de peso. Me gustó su franqueza y al mismo tiempo generosidad al compartir sus lecciones aprendidas con las nuevas generaciones que deseen aventurarse en la lucha electoral. Estemos de acuerdo o no con ella, es una referencia de primer orden cuando hablamos de mujer y poder.



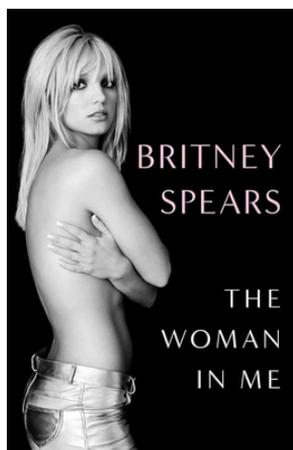
Carrera y familia - Claudia Goldin



No más anunciarse el Premio Nobel de Economía 2023, salimos corriendo a buscar la obra de esta economista norteamericana que estudió de forma acuciosa la realidad de las mujeres en el ámbito laboral. En este libro destaca los aspectos claves de la brecha salarial de género y la influencia de la maternidad en las carreras de las mujeres. Está lleno de recomendaciones prácticas para abordar la penalización de la maternidad, la importancia de la equidad de pareja en el hogar y los desafíos actuales y futuros en la lucha por la igualdad de género en el ámbito laboral. Ojalá se lea más en las empresas, por parte de empleadores y gestores de recursos humanos.

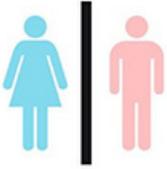
The Woman in Me - Britney Spears

Un libro de corte autobiográfico que muestra a esta joven estrella como sujeto de un tutelaje abusivo por parte de su familia y su padre, por no cumplir el comportamiento esperado. La editorial presenta la obra como una “historia valiente y asombrosamente conmovedora sobre la libertad, la fama, la maternidad, la supervivencia, la fe y la esperanza». Tiene para mí el valor de que la propia víctima cuente su historia en primera persona y comparta con mucha valentía, los temores, conflictos, rabias de forma real y cruda, pero al mismo tiempo sembrando esperanza para otras que están pasando por situaciones similares. Se pregunta una, cuantas más terminaron su vida sin poder superar este control y sin siquiera tener la libertad para hablar de ello, como Spears hizo.



Cuestión de sexos - Cordelia Fine

CUESTIÓN DE SEXOS CORDELIA FINE



Ni las mujeres son de Venus ni los hombres de Marte: cómo nuestras mentes, la sociedad y el neurosexismo crean la diferencia.

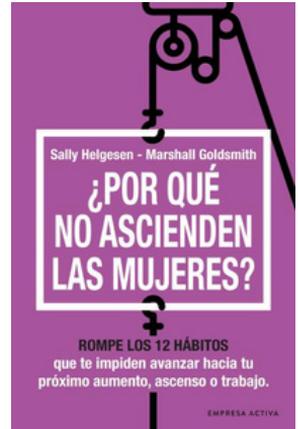
neurosexismo • neurogénero

Un libro básico para dejar clara la distinción entre género y sexo, base de tantas confusiones al intentar distinguir entre biología y aprendizaje cultural. La autora nos habla de “neurosexismo” presentando evidencia científica que derriba la creencia de que hay cerebros rosas o azules o que existe un esencialismo de género que nos define. Bien didáctico y educativo. Debería ser un libro de texto obligado en educación secundaria..

¿Por qué no ascienden las mujeres? - Sally Helgesen y Marshall Goldsmith

Recomendado por mi socia Vanessa Marcano, lo considero un excelente libro para trabajar liderazgo con mujeres de carrera profesional, ya que explora doce hábitos que impiden avanzar u obtener un aumento de sueldo o liderar un proyecto. Enmarcado en la metáfora del techo de cemento (obstáculos psicológicos que nos ponemos a ciegas) también abre el compás a ver cómo socialmente somos alentadas a repetir conductas que no nos ayudan y cómo se instala en nosotras el miedo a romperlas: “Cuando eras una niña ¿te premiaban en casa y en la escuela por ser obediente y simpática?

Esta educación está extendida también en el trabajo, marcadas por años de liderazgo masculino, donde las mujeres son penalizadas por expresar y defender su opinión, y empujadas a ser un ejemplo y ayudar a otras mujeres. En este ambiente tóxico, las habilidades y el enfoque que te hicieron destacar al principio te pueden estar impidiendo avanzar en tu carrera”. Lo valioso del libro es que ayuda a “ver” esas creencias y a instalar otros hábitos más eficaces para avanzar más rápido, todo con un criterio muy práctico.



Libérate de la carga mental - Iria Marañón

Es un libro que permite verte como en un espejo y hacerte sentir que no estás sola. Iria describe con minuciosidad toda la carga que soportamos las mujeres en torno a las obligaciones involucradas en los cuidados, que va más allá del esfuerzo físico. Lo hacemos de forma inconsciente con un sentido de responsabilidad extrema que enferma y agota. Hace una defensa del principio de la corresponsabilidad como la única manera posible para desembarazarse de esa carga mental. Lo recomiendo como parte del curso prematrimonial que hagan las parejas antes de ponerse a vivir juntos..

LIBÉRATE
DE LA
CARGA MENTAL
Iria Marañón
Por la autora del best seller
Educar en el feminismo



Descubre de qué está hecho ese peso extra que aguantas (a diferencia de los hombres) y cómo puedes deshacerte de él

La desfachatez machista. Hombres que nos explican el verdadero feminismo - María Martín Barranco.

Esta mujer es genial por su pluma ágil y sagaz, por la ironía con la que presenta sus bien fundamentados argumentos contra la misoginia y por el fino humor con que desnuda a los machistas desde y a través del lenguaje. Con ella hice el mejor curso de lenguaje inclusivo que existe, por lo que leerla para mí fue un deleite de fin de año. En este libro analizó más de 10 mil artículos de prensa publicados entre 2000 y 2023 para desmontar el pensamiento antifeminista de conocidos “señoros” articulistas de opinión de habla hispana. Buenísimo para contar con argumentos que le cierren la boca a más de un detractor sin base de nuestro movimiento.



Procura siempre un espacio y tiempo para leer escritoras que defienden los derechos de las mujeres. Deseo que esta lista de libros feministas, junto a las que ofrecí en 2019, 2020, 2021 y 2022, completen tu biblioteca y amplíen tus horizontes para luchar con más brío en las calles.

Revisa todas nuestras publicaciones



Créditos

Re
flexio
nes
Feministas



Autora:
Susana Reina

Diseño y revisión de contenido:
Alejandra Watts

Ilustraciones:
Vanessa Tsoi

ABRIL 2024

FEMI
NISMO
INC.